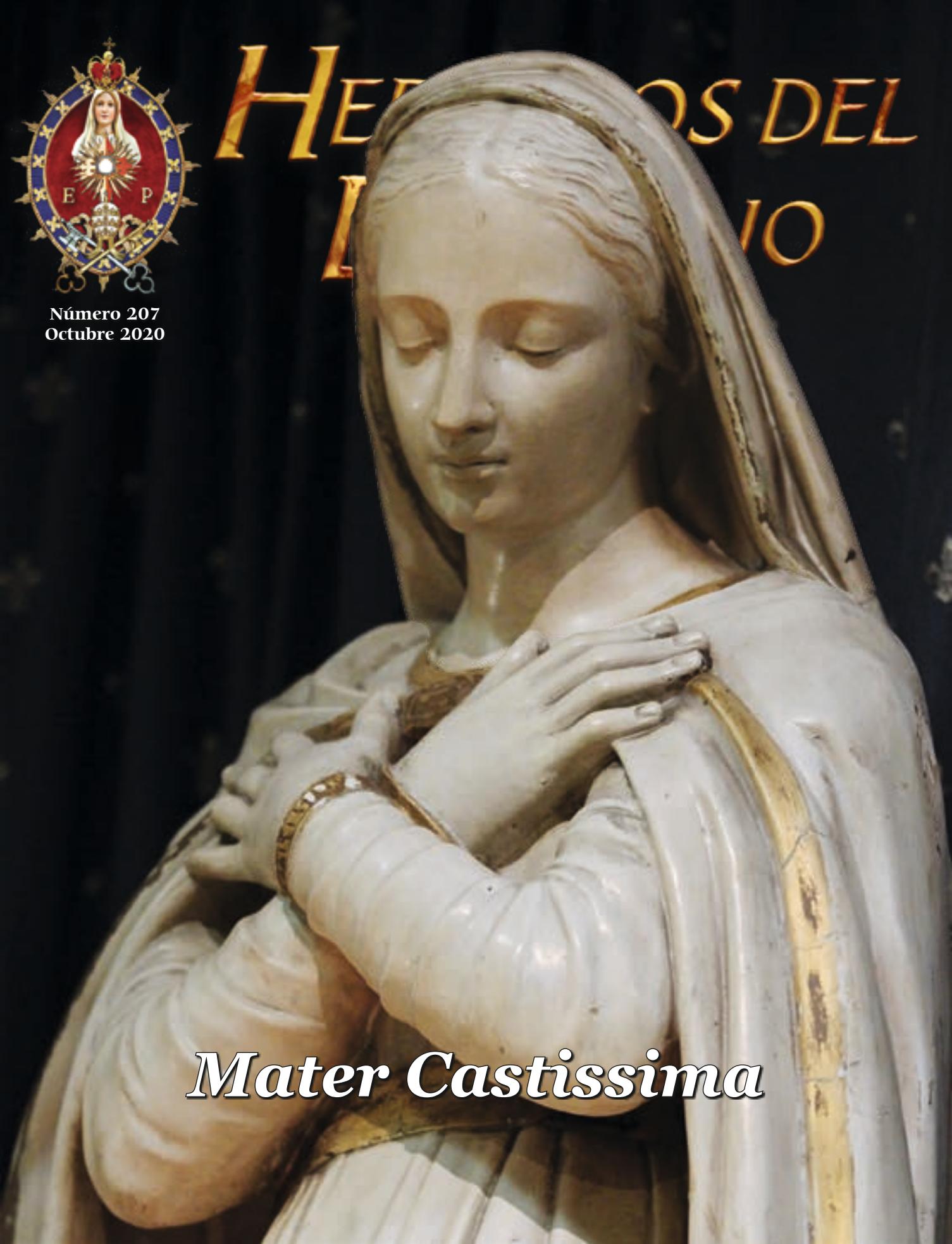




HERMANOS DEL SANTO SEPULCHRO

Número 207
Octubre 2020



Mater Castissima



Beata Alexandrina María da Costa fotografiada en 1939

Reproducción

La cruz es suave cuando se lleva por amor

Hija mía —dijo Jesús, el 3 de enero de 1935— el sufrimiento y la cruz son la llave del Cielo. Sufrí tanto para abrírselo a la humanidad y para muchos ha sido inútil!

Dicen: «¡No hay Infierno!». Morí por ellos y declaran que no me lo pidieron; y contra mí dicen herejías y profieren blasfemias.

Yo, para salvarlos, elijo a las almas: les pongo sobre los hombros la cruz y me sujeto a auxiliarlas. ¡Y feliz el alma que comprende el valor del sufrimiento! Mi cruz es suave cuando se lleva por mi amor.

Y me dijo el Señor —proseguía ella— que si yo sufriera alegre y resignada por su

amor todos los sufrimientos que Él me enviase, que le abriría el Cielo a miles y miles de pecadores.

También me dijo que le dijera a V. Rev. que en esta época eran más las almas que se perdían que las que se salvaban. Que quería guerra abierta contra el pecado de la impureza, que era con lo que el Infierno estaba más poblado.

Extraído de: PINHO, SJ, Mariano.

«No Calvário de Balasar.
Alexandrina Maria da Costa».
2.ª ed. Braga: Editorial A. O., 2005, p. 55.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XVIII, número 207, Octubre 2020

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	4		<i>San Francisco de Asís – La alegría de la sencillez y de la entrega total</i>	30
<i>Humildad y castidad, unidas en la conquista del Cielo (Editorial)</i>	5		<i>El pintor de Venecia</i>	34
	6	<i>La voz de los Papas – La oración del Santo Rosario</i>		38
	8	<i>Comentario al Evangelio – Una invitación a restaurar la armonía del paraíso</i>		42
	16	<i>Castidad: nuestro paraíso interior</i>		46
	20	<i>Sencillo pero expresivo gesto</i>		50
	22	<i>No podemos ocultarlo más: ¡Él es Dios!</i>		54
	26	<i>Santos ángeles custodios – Protectores y abogados del hombre</i>		58



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

ADEMÁS DE MADRE, TAMBIÉN ES MAESTRA

He nacido en tierras de Mato Grosso, Brasil, concretamente al sur del estado. Como católica que he sido siempre, reconozco hoy que no conocía ni el 1% de las maravillas de nuestra Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, de lo cual empecé a darme cuenta tras conocer a los Heraldos del Evangelio, más exactamente al recibir su revista mensual, porque en aquel tiempo no existían las facilidades de leer artículos tan hermosos a través de una «pantalla», incluso en los lugares más lejanos.

La revista de los Heraldos me ha favorecido grandemente con sus artículos repletos de esplendores, como los de la Virgen; o los de Dña. Lucilia, de quien hasta entonces nunca había oído hablar. Su persona, su forma de educar al pequeño Plínio, me llamaron mucho la atención, sobre todo cómo es posible ser dócil al mismo tiempo que se corrige a un hijo. He aprendido mucho con ella y hoy la tengo como madre. Una manera muy bonita y ejemplar de educar.

La revista, desde entonces, pasó a ser «mi escuela», mi instructora. Y Dña. Lucilia, yo diría que además de madre, también maestra. Les agradezco muchísimo a los Heraldos del Evangelio por contribuir en nuestra formación, de católicos laicos.

Solange Zorzatto
Vía revistacatólica.com.br

DIDÁCTICO CONOCIMIENTO DE LA TEÓLOGIA

Los artículos de la revista *Heraldos del Evangelio* son una profundización en la religión católica, en vista de las riquezas encontradas. Tome-

mos como ejemplo el artículo de la página 26 de la edición del pasado mes de septiembre: *¡Bendito el día que la vio nacer!*, comentado por el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira. Vale la pena destacar esta frase del artículo: «en el momento decretado por Dios en su misericordia Él derrumbó la muralla del mal, haciendo que María viniera al mundo». Por lo tanto, la lectura de la revista *Heraldos del Evangelio* nos proporciona un didáctico conocimiento de la teología, que no encontramos en otras fuentes, con profundo conocimiento, repleto de gracias.

Arthur César de Almeida
Vía revistacatólica.com.br

ALIMENTA EL ALMA Y LA INTELIGENCIA

Esta es la revista más hermosa y enteramente católica jamás escrita. En ella hay algo de inspirador para cada alma, sea joven o madura. La primera lectura es informativa, la segunda es inspiradora y todas las siguientes son mejores que la primera.

Gracias, Heraldos del Evangelio, por alimentar tanto nuestra alma como nuestra inteligencia.

Joanne Bassi
Vía catholicmagazine.news

SOY MÁS CATÓLICO GRACIAS A LOS HERALDOS

La sección *Comentario al Evangelio* es un texto imprescindible en la revista. Explica de forma viva y actual el Evangelio del mes. Las palabras penetran en mi corazón como una flecha ardiente. En especial cito el artículo *Cinco panes, dos peces, y Jesús...*, de la edición número 224, del pasado mes de agosto. Este texto me hizo reflexionar sobre el vínculo que existe entre la Eucaristía y el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Realmente, el que camina con Jesús tiene todo lo que necesita para su andadura, tanto en el terreno material como en el espiritual.

Hoy puedo decir, con total convicción, que soy más católico gracias a la convivencia que tengo con los Heraldos del Evangelio y a la intercesión de la Virgen.

Edson Ferreira da Silva
Vía revistacatólica.com.br

REFLEXIÓN PARA UNA ACTUALIDAD TURBULENTA

Revista magnífica, para todas las edades, con textos maravillosos, claros, muy bien redactados, fundamentados y pautados a la luz de la Palabra de Dios. Nos conducen a una reflexión espiritual para vivir bien en la actualidad, que últimamente ha estado tan turbulenta y nos hace, muchas veces, olvidar de quién somos. De ahí ese apostolado ejemplar hecho por los Heraldos, que nos remite a nuestro verdadero lugar de hijos de Dios.

Eduardo Günther Montero
Vía revistacatólica.com.br

TODO NOS HACE VISLUMBRAR EL CIELO

Sigo la revista *Heraldos del Evangelio* desde hace años y quiero agradecer sus artículos realmente católicos y tan profundos. No hay nada de superficialidad o banalidad; todo nos hace vislumbrar el Cielo, tamaña belleza y sacralidad en cada página, en cada detalle. Cada mes somos llevados a cambiar nuestra mentalidad contemporánea, a desear conocer más y más nuestra Santa Iglesia y su sana doctrina. Además, es una revista cuyos artículos son atemporales, siempre es un nuevo descubrimiento, incluso cuando leemos ejemplares antiguos.

La recibimos en casa con alegría, pues sabemos que nos hace penetrar en el amor a Dios y a María Santísima y crecer en el servicio al prójimo, cuando vemos los ejemplos de caridad realizados por los Heraldos del Evangelio.

Rosana Alves
Vía revistacatólica.com.br

HUMILDAD Y CASTIDAD, UNIDAS EN LA CONQUISTA DEL CIELO

En una sociedad que busca el goce con una obsesión cada vez más exclusivista —dejando en segundo, tercero o último plano aquello que, todavía ayer, sería considerado «primordial»—, el sufrimiento, el infortunio y la prueba son considerados adversarios mortales.

Así establecido, el mundo moderno se contrapone a la realidad de la Creación, en la cual la lucha figura como parte integrante y necesaria de la vida: es preciso combatir para vencer las enfermedades, para trabajar la tierra, para soportar las inclemencias del tiempo. Y esta verdad se vuelve más convincente en el campo espiritual, donde somos constantemente confrontados con el «enemigo» (Mt 13, 28).

No se trata de una consecuencia desastrosa del pecado original, como muchos pueden pensar. La primera batalla de la tierra se dio precisamente en aquel paraíso magnífico en el cual Dios permitió la entrada de la serpiente. ¿Cuál era la razón? La de darle al hombre la oportunidad de que, mediante la lucha, imitara la lealtad de los ángeles, perfeccionara su semejanza con el Creador y se convirtiera en un héroe, merecedor del premio eterno.

Ni siquiera el pecado puede frustrar ese plan de Dios. En primer lugar, porque Él hizo que fulgieran todas las perfecciones de la virtud, de la fidelidad y de la victoria en la frágil Virgen de Nazaret, coronada en el Cielo como Reina de los hombres, de los ángeles y de todo lo creado. En segundo lugar, porque hay una cadena de oro en la Historia que ata el Génesis al Apocalipsis con el sello de una santidad íntegra, que permanece intacta a pesar de los pantanos que tenga que atravesar. Por último, porque contemplamos en la Iglesia un constante crecimiento en gracia que, a imagen de su divino Esposo crucificado, la hace relucir con especial brillo en las horas de su «Pasión».

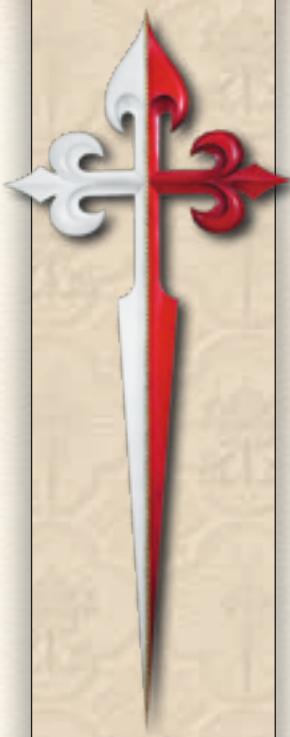
El plan divino se realiza también, de forma meticulosa, en la lucha interior de cada alma. Todo hombre precisa rechazar al demonio profiriendo un «*fiat*» que preserve y enriquezca el tesoro de su inocencia, comprado por el Redentor en la cruz «a buen precio» (1 Cor 6, 20). Y, con el fin de ayudarlo en una batalla que, de otro modo, sería desproporcional, Dios le ofrece su gracia, el auxilio infalible de Nuestra Señora y la constante protección de los ángeles.

Sin embargo, vencer en ese combate exige del alma mucha humildad y mucha pureza. La Santísima Virgen nos enseña que el Todopoderoso realiza maravillas en favor de quien reconoce su nada (cf. Lc 1, 48-49), y no se es verdaderamente humilde sin ser puro. Mientras la humildad refina y eleva la castidad, ésta resguarda y fortalece a aquella. Ambas virtudes, tan características de María, son como dos murallas de acero que se protegen mutuamente, y por eso son tan odiadas.

Al vencedor, Jesús le concede sentarse con Él en su trono (cf. Ap 3, 21). Sin lucha, no obstante, no hay victoria. Para darle al hombre la gloria del triunfo, la Providencia lo expone al riesgo de la batalla. En el transcurso de ésta, cabe a cada cual darle al César lo que es del César, sin dejar de, antes y por encima de todo, tributarle a Dios lo que es de Dios. ♦

**Nuestra Señora de
Montmartre -
Parroquia de
San Pedro
de Montmartre,
París**

Foto: Francisco Lecaros





La oración del Santo Rosario

Una innumerable muchedumbre de hombres santos lo han estimado siempre. Lo han usado como arma poderosísima para ahuyentar a los demonios, para conservar íntegra la vida y para adquirir más fácilmente la virtud.

No solamente una vez hemos afirmado —como recientemente lo hemos hecho en la encíclica *Divini Redemptoris*—, que a los males cada vez más graves de nuestro tiempo no se puede dar otro remedio que el del retorno a Nuestro Señor Jesucristo y a sus santísimos preceptos. Sólo Él «tiene palabras de vida eterna» (Jn 6, 69) y ni los individuos ni la sociedad pueden hacer cosa alguna que pronto y miserablemente no decaiga, si dejan aparte la majestad de Dios y repudian su ley.

Dios quiere que todo lo consigamos por medio de María

Mas quien estudie con diligencia los anales de la Iglesia Católica, fácilmente verá unido a todos los fastos del nombre cristiano el poderoso patrocinio de la Virgen Madre de Dios. Y en efecto, cuando los errores difundiéndose por doquiera se obstinaban en dilacerar la túnica inconsútil de la Iglesia y en perturbar el orbe católico, nuestros padres con ánimo confiado se dirigieron a aquella que «sola ha destruido todas las herejías del mundo»¹ y la victoria alcanzada por medio de Ella trajo tiempos más serenos. [...]

Sin embargo, Venerables Hermanos, aun cuando males tan grandes y tan numerosos amenacen y se teman aún mayores para lo porvenir, es me-

nester no desmayar ni dejar languidecer la confiada esperanza que se apoya únicamente en Dios. El que ha concedido la salud a pueblos y naciones (cf. Sab 1, 14), indudablemente no dejará perecer a los que ha redimido con su preciosa sangre, ni abandonará su Iglesia. Antes bien, como hemos recordado al principio, interpongamos ante Dios la mediación de la Bienaventurada Virgen tan acepta a Él, como quiera que, en palabras de San Bernardo, «así es su voluntad (de Dios) el cual ha querido que todo lo consiguiésemos por medio de María»².

Corona compuesta por santas y admirables oraciones

Entre las varias plegarias con las cuales últimamente Nos dirigimos a la Virgen Madre de Dios, el Santo

*«La salutación
angélica, entrelazada
con la oración
dominical y unida con
la meditación, resulta
una especie excelentísima de súplica,
muy fructuosa»*

Rosario ocupa sin duda un puesto especial y distinguido.

Esta plegaria, que algunos llaman el *Salterio de la Virgen o Breviarrio del Evangelio y de la vida cristiana*, ha sido descrita y recomendada por Nuestro Predecesor de feliz memoria, León XIII, con estos vigorosos rasgos: «La admirable guirnalda confeccionada con la salutación angélica, entrelazada con la oración dominical y unida con la meditación, resulta una especie excelentísima de súplica, muy fructuosa, principalmente para la consecución de la vida eterna»³. Y esto se deduce también de las mismas flores con que está formada esta mística corona. Efectivamente, ¿qué oraciones pueden hallarse más apropiadas y más santas?

La primera es la que el mismo Nuestro Divino Redentor pronunció cuando los discípulos le pidieron: «enséñanos a orar» (Lc 11, 1); santísima súplica que, así como nos ofrece el modo de dar gloria a Dios, en cuanto nos es dado, así también considera todas las necesidades de nuestro cuerpo y de nuestra alma. ¿Cómo puede el Padre eterno, rogado con las palabras de su mismo Hijo, no acudir en nuestra ayuda?

La otra oración es la salutación angélica, que se inicia con el elogio del arcángel Gabriel y de Santa Isabel, y termina con la piadosísima imploración con que pedimos el auxilio

de la Beatísima Virgen ahora y en la hora de nuestra muerte.

La piedad y el amor expresan siempre algo nuevo

A estas invocaciones hechas de viva voz se agrega la contemplación de los sagrados misterios, que ponen ante nuestros ojos los gozos, los dolores y los triunfos de Jesucristo y de su Madre, con los que recibimos alivio y confortación en nuestros dolores, y para que, siguiendo esos santísimos ejemplos, por grados de virtud más altos, ascendamos a la felicidad de la Patria celestial.

Esta práctica de piedad, Venerables Hermanos, difundida admirablemente por Santo Domingo, no sin superior insinuación e inspiración de la Virgen Madre de Dios, es sin duda fácil a todos, aun a los indocitos y a las personas sencillas. ¡Y cuánto se apartan del camino de la verdad los que reputan esa devoción como fastidiosa fórmula repetida con monótona cantilena, y la rechazan como buena para niños y mujeres!

A este propósito es de observar que tanto la piedad como el amor, aun repitiendo muchas veces las mismas palabras, no por eso repiten siempre la misma cosa, sino que siempre expresan algo nuevo, que brota del íntimo sentimiento de caridad. Además, este modo de orar tiene el perfume de la sencillez evangélica y requiere la humildad del espíritu, sin el cual, como enseña el divino Redentor, nos es imposible la adquisición del Reino celestial: «En verdad os digo que, si no os hiciereis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3).

Si nuestro siglo en su soberbia se mofa del Santo Rosario y lo rechaza, en cambio, una innumerable muchedumbre de hombres santos de toda edad y de toda condición lo han estimado siempre, lo han rezado con gran devoción, y en todo momento lo han usado como arma poderosísima para ahuyentar a los demonios, para con-



David Dominguez

Nuestra Señora del Rosario - Iglesia de los Santos Domingo y Sixto, Roma

¡Y cuánto se apartan del camino de la verdad los que reputan esa devoción como fastidiosa fórmula repetida con monótona cantilena!

servar íntegra la vida, para adquirir más fácilmente la virtud, en una palabra, para la consecución de la verdadera paz entre los hombres. [...]

Empeños en que esta práctica sea cada vez más difundida

Además, el Santo Rosario no solamente sirve mucho para vencer a los enemigos de Dios y de la Religión, sino también es un estímulo y un acicate para la práctica de las virtudes evangélicas que insinúa y cultiva en nuestras almas. Ante todo, nutre la fe católica, que se vigoriza con la oportuna meditación de los sagrados misterios y eleva las almas a las verdades que nos fueron reveladas por Dios. Todos pue-

den comprender cuan saludable sea —esta práctica—, especialmente en nuestros tiempos, en los que quizás aun entre los fieles reina cierto fastidio por las cosas del espíritu y casi disgusto de la doctrina cristiana.

Luego reaviva la esperanza de los bienes inmortales, pues, al hacernos meditar en la última parte del Rosario, el triunfo de Jesucristo y de su Madre, nos muestra el Cielo abierto y nos invita a la conquista de la Patria eterna. Así, mientras en el corazón de los inmortales penetra un ansia desenfrenada por las cosas de la tierra y cada vez más ardientemente los hombres se afanan por las riquezas caducas y los placeres efímeros, todos —los que rezan el Rosario— sienten un provechoso llamado hacia los tesoros celestiales, donde «el ladrón no penetra ni carcome la polilla» (Lc 12, 33) y hacia los bienes imperecederos.

Y ¿cómo no se reencenderá la caridad, que ha languidecido y se ha enfriado en muchos, con un aumento de amor en el alma de los que recuerdan con corazón dolorido las torturas y la muerte de nuestro Redentor y las aflicciones de su Madre Dolorosa? De esta caridad hacia Dios no puede menos de brotar necesariamente un más intenso amor al prójimo con sólo que se detenga el pensamiento en los trabajos y dolores que Nuestro Señor sufrió para reintegrarnos a todos en la perdida herencia de hijos de Dios.

Por tanto, Venerables Hermanos, empeños en que esta práctica tan fructuosa sea cada vez más difundida, sea por todos altamente estimada y aumente la piedad común. ♦

*Fragmentos de: PÍO XI.
«Ingravescentibus malis», 29/9/1937.*

¹ BREVIARIO ROMANO.

² SAN BERNARDO DE CLARAVAL.
Sermo I. In Nativitas Beatæ Mariæ Virginis.

³ LEÓN XIII. *Diurni temporis*, 5/9/1898.



Reproducción

Dad al César lo que es del César - Litografía inglesa del siglo XIX

EVANGELIO

En aquel tiempo,¹⁵ se retiraron los fariseos y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta.¹⁶ Le enviaron algunos discípulos suyos, con unos herodianos, y le dijeron: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad, sin que te importe nadie, porque no te fijas en apariencias.¹⁷ Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al Cé-

sar o no?». ¹⁸ Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: «Hipócritas, ¿por qué me tentáis?¹⁹ Enseñadme la moneda del impuesto». Le presentaron un denario.²⁰ Él les preguntó: «¿De quién son esta imagen y esta inscripción?». ²¹ Le respondieron: «Del César». Entonces les replicó: «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 15-21).

Una invitación a restaurar la armonía del paraíso

Enemigos irreconciliables se coligan para poner a prueba a la Sabiduría encarnada. En su respuesta, el Señor muestra el entendimiento que debe haber entre la esfera temporal y la espiritual, legándonos una valiosa enseñanza.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – EL MISTERIO DE LA COMPLICIDAD DEL MAL

La escena narrada por San Mateo en el Evangelio que la Iglesia ha elegido para la liturgia del vigésimo noveno domingo del Tiempo Ordinario congrega a dos facciones contrarias: la de los fariseos y la de los herodianos. Estos dos grupos, aparentemente enemigos irreconciliables, se confabulan contra el Hijo de Dios y osan ponerlo a prueba.

Los fariseos habían constituido un penoso código legal, a fin de explicar los principios de la fe y la moral que están contenidos en los textos sagrados. Para los miembros de esa secta la verdad se ceñía a las interpretaciones, generalmente erróneas y desviadas, de sus maestros y escribas. Esa falseada religión anhelaba a toda costa la independencia económica de Israel en relación con cualquier otro pueblo, incluido el romano, el cual dominaba por entonces Palestina imponiéndoles a sus ciudadanos el pago de impuestos, entre otros deberes.

En ese sentido, las expectativas mesiánicas de los fariseos se alimentaban del anhelo de una li-

beración política de Israel que le diera a la estirpe de Abrahán la soberanía administrativa. De este modo, pensaban, se cumplirían las profecías que auguraban para Sion una futura gloria hecha de triunfo material, gracias a la cual afluirían a las arcas del Templo riquezas provenientes de los cuatro rincones de la tierra.

Dicho sentimiento religioso de emancipación del poder civil contraponía a los fariseos con los herodianos, los cuales, como bien indica el nombre de esta facción, se definían partidarios del rey Herodes. Para estos últimos la prevalencia de la autoridad temporal era indiscutible. Un líder político, imbuido de la realeza, debería gobernar al pueblo elegido, como habían hecho los antiguos monarcas, concediéndosele a la esfera espiritual tan sólo protección y relativa libertad.

Ambas visiones se enfrentaban con vehemencia y se establecía una lucha a primera vista implacable entre los adeptos de la supremacía civil y los de la dominación religiosa. Sin embargo, los dos partidos se presentan ante el divino Maestro mancomunados en siniestro consenso, deseosos de tenderle una trampa. ¿Cómo se explica tan es-

Las expectativas mesiánicas de los fariseos se alimentaban del anhelo de una liberación política de Israel

El episodio que narra el Evangelio de este domingo tiene lugar después de que Jesús contara tres parábolas que desenmascaraban la malicia de los fariseos

candalosa contradicción? ¡He ahí el misterio de la complicidad del mal!

Conviene aclarar que en este caso concreto cada bando esperaba encontrar en el Mesías un aliado político para imponer su propia filosofía espuria y obtener de manera definitiva la preeminencia sobre el otro. Ni fariseos ni herodianos pretendían seguir modestamente al Ungido del Señor. Ambicionaban, cada uno a su manera, dominar al futuro Salvador con el fin de transformarlo en un instrumento de sus intereses.

La irrupción inesperada y grandiosa de Nuestro Señor los sorprendió por completo, dejándolos desorientados y sin base para concretizar sus egoístas planes. Por eso, aunque se detestaban, se aliaron para intentar eliminar al enemigo común. Ese misterio de complicidad del mal —ya que no podemos pensar en una

unión tratándose de hijos de las tinieblas— se explica fácilmente si comprendemos la psicología de los demonios.

El pseudorreino del Infierno está constituido por espíritus rebeldes, orgullosos y, por tanto, rencorosos entre sí. El factor de coligación es el odio al bien, pasión tan intensa en ellos que les hace superar las divisiones impuestas por el choque de los caprichos y los criterios propios. Del mismo modo, la falsa religiosidad de los fariseos y el falso monarquismo de los herodianos se alían contra el verdadero Mesías. No obstante, el divino Salomón saldrá de esa trampa con la más fina e insuperable sabiduría.

II – LA SABIDURÍA DIVINA INQUIRIDA POR LA HIPOCRESÍA HUMANA

El episodio que narra el Evangelio de este domingo tiene lugar después de que Nuestro Señor Jesucristo contara tres magníficas parábolas que desenmascaraban la falsedad y la malicia de los fariseos y los dejaban en pésima situación ante la opinión pública.

La primera, la de los dos hijos, termina con una amarga y frontal recriminación del Señor contra los principes de los sacerdotes y los maestros de la ley: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el Reino de Dios» (Mt 21, 31). A continuación, al tratar sobre los viñadores homicidas, Jesús profetiza su muerte por obra del sanedrín: «Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. Y agarrándolo, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron» (Mt 21, 38-39). Finalmente, valiéndose de la imagen de un banquete nupcial el Redentor anuncia la exclusión de la descendencia hu-



Parábola de los viñadores homicidas - Biblioteca del monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla (España)



Francisco Leceras

Parábola del banquete de bodas, por Pietro de Lignis
Museo Quiñones de León, Vigo (España)

mana de Abrahán de la Nueva Alianza, sellada con la sangre preciosa del Cordero divino, y su futura sustitución por la gentilidad (cf. Mt 22, 1-14).

Heridos en su soberbia, los fariseos no lograron contener más su odio. Por eso deciden solicitar la colaboración de los detestables herodianos, a fin de extender un lazo mortal al Autor de la vida.

Ciegos como el demonio

En aquel tiempo,¹⁵ se retiraron los fariseos y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta.

La pasión del orgullo trae como consecuencia la ceguera espiritual. Después de haber experimentado en numerosas ocasiones la superioridad de Jesús, impotentes ante su elocuencia divina, los fariseos vuelven a la carga. Participaban de ese *gaudium phantasticum* del demonio que, en su estulticia, pretende destronar a Dios.

Pero en esta ocasión no podían fallar. Necesitaban orquestar un plan engañoso, meticulosamente calculado, para inducir al Maestro al error y, así, llevarlo a la muerte.

La táctica «princeps» del mal

¹⁶ Le enviaron algunos discípulos tuyos, con unos herodianos, y le dijeron: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad, sin que te importe nadie, porque no te fijas en apariencias».

He aquí el misterioso acuerdo entre enemigos irreconciliables, con el fin de eliminar al adversario común. Los fariseos no osan exponerse, porque estaban bastante desgastados ante el pueblo. Por tal motivo envían a unos discípulos en su lugar, tratando de coger desprevenido a su contendiente al disfrazar la trampa bajo las apariencias de una curiosidad de estudiantes. Los herodianos harían el papel de testigos, como quedará claro más adelante.

Los jóvenes aprendices de rabino, no obstante, estaban adiestrados hasta en los últimos detalles. Para distender aún más al Maestro sería preciso montar una farsa toda hecha de adulación. Soberbios como eran, los fariseos conocían por experiencia propia la capacidad de debilitar las resistencias morales que el vaho seductor de la

Heridos en su soberbia, los fariseos no lograron contener más su odio. Por eso deciden solicitar la colaboración de los detestables herodianos

En su sabiduría divina, el Señor había contemplado esa escena desde toda la eternidad. ¡Era imposible engañarlo!

vanidad posee. Por eso instruyeron a sus discípulos a que lisonjearan a Jesús, dirigiéndole elogios que instigaran el orgullo. Entonces llevaron a cabo la estrategia *princeps* del mal. ¡Estúpitos! No se dieron cuenta de que se encontraban ante el hombre modesto por excelencia:

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

La malicia de los fariseos se muestra aquí en todo su realismo, lo que les hace merecedores del epíteto de hijos del padre de la mentira (cf. Jn 8, 44). De hecho, ninguno de aquellos discípulos se creía los elogios que le hacían al Salvador, por lo cual se ponía de manifiesto que eran tan falsos y embusteros como sus maestros.

En su sabiduría divina, el Señor había contemplado esa escena desde toda la eternidad y ahora comprobaba, mediante su conocimiento experimental, lo que ya conocía. ¡Era imposible engañarlo!

Un callejón sin salida

¹⁷ «Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?».

Un fariseo principiante, que representaba a sus condiscípulos, le plantea una cuestión crucial: «¿Es lícito pagar impuesto al César?». Con esta pregunta pretendía conducirlo a un callejón sin salida: si respondía afirmativamente, lo acusarían de blasfemar contra el Templo —al cual debían destinarse, en exclusividad, los recursos de los hijos de Israel—, lo que le convertiría en reo de muerte; si, por el contrario, optaba por la negativa, allí estaban los herodianos para inculparlo de sedición contra el poder del emperador, lo que igualmente le acarrearía la pena capital.

Se daba, pues, uno de los choques más agresivos de aquellos potenciales deicidas contra el Señor de los vivos y de los muertos. Pero aún no ha-

bía llegado su hora y Jesús escaparía de la trampa del cazador con una respuesta inédita.

La inseguridad más grande de la Historia

¹⁸ Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: «Hipócritas, ¿por qué me tentáis?».



Detalle de «El denario del César», por Philippe de Champaigne - Museo de Bellas Artes, Montreal (Canadá)

Si Salomón había sido alabado por su sabiduría, ihe aquí a alguien mayor que él! Se trataba del creador de la sabiduría del ilustre sucesor de David, aquel quien, en su divinidad, es la propia Sabiduría en esencia. ¿Quién había más sabio que Él? No obstante, antes de abordar el problema, Nuestro Señor hace hincapié en desenmascarar la falsoedad de

los aprendices de fariseo al llamarles con el mencionado apelativo de «hipócritas».

¿Qué habrán sentido esas crías de víbora al contemplar la mirada serena, luminosa y seria de Jesús, que se fijaba en ellos con la sinceridad característica de la Verdad? Y, ante la justa recriminación del Maestro, ¿cómo reaccionaron? Si la inseguridad y el miedo humanos pudieran ser mediados con aparatos, ien ese instante habrían registrado un récord insuperable en la Historia!

Sin embargo, Jesús quería salvarlos y era por su bien por lo que les reprendía.

Armonía divina entre la esfera espiritual y la temporal

¹⁹ «ENSEÑADME LA MONEDA DEL IMPUESTO». Le presentaron un denario. ²⁰ Él les preguntó: «¿DE QUIÉN SON ESTA IMAGEN Y ESTA INScripción?». ²¹ Le respondieron: «DEL CÉSAR». Entonces les replicó: «PUES DAD AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR Y A DIOS LO QUE ES DE DIOS».

Desde siempre el Señor tenía lista la salida perfecta para la emboscada mortal que le habían

montado sus adversarios. Esboza de forma magnífica una doctrina nueva a los oídos de los fariseos y de los herodianos, dejándolos desarmados. Nadie se esperaba una respuesta tan justa y equilibrada que, al definir la verdad, no se posiciona a favor de ninguno de los bandos en litigio, sino que explica la armonía que ha de existir entre el altar y el trono.

La sociedad temporal tiene por finalidad propia cuidar de los asuntos relacionados con el bienestar humano, fomentando la laboriosidad y la virtud, castigando el crimen y favoreciendo el desarrollo de la nación. De esta forma, al promover la paz y crear las condiciones necesarias para que la verdadera religión irradie su luz sobrenatural, el poder civil establece las bases terrenas para que los hombres vivan con dignidad y progresen, propiciando indirectamente que alcancen también la felicidad celestial.

La sociedad espiritual, a su vez, existe con el fin inmediato de llevar a las almas a la salvación eterna y necesita de los buenos servicios del orden temporal para ejercer con tranquilidad y eficacia su misión.

Por lo tanto, se trata de dos ámbitos distintos, pero profundamente vinculados entre sí: uno secular y otro religioso. Ambos son queridos y bendecidos por el Altísimo y deben relacionarse en concordia. Por eso el Señor afirma: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». En efecto, el César recibió su poder de Dios, para gobernar con justicia, respetar la religión y defenderla.

Esta doctrina llegó a una magnífica explícitud con el surgimiento de la civilización cristiana, una era bendita en que el sol de la Iglesia iluminaba con sus rayos la dimensión temporal de

la vida, transfigurándola a la manera de los vitrales de las catedrales atravesados por la luz del astro rey, en una manifestación efusiva de sana vitalidad, de verdadero progreso y de sacralidad.

III – ¿QUÉ DARLE AL CÉSAR Y QUÉ A DIOS?

El Evangelio de este domingo es de gran actuabilidad, pues muestra la armonía que debe reinar entre el poder espiritual y el temporal. Las dos esferas existen, cada una en su campo de acción específico, con el objetivo de llevar a los hombres a la consecución del fin para el cual Dios los creó.

En el libro del Génesis trasparece con claridad adamantina la finalidad temporal de la existencia humana en este mundo, cuando el Creador le dice a Adán: «Dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra» (1, 28). Al poner al hombre como su dominador, el Señor quería que llevara a la Creación, con sabiduría e inteligencia, a un esplendor de prosperidad y belleza, de modo que la hiciera agradable a sus ojos.

Es evidente, sin embargo, que Adán no se sentía llamado únicamente a cuidar de las realidades creadas, por muy encantadoras que fueran, sino que aspiraba a una meta sobrenatural y eterna, la cual quedó comprometida después del pecado. Cabe recordar que el Edén era el jardín de las delicias sobre todo por el encuentro cotidiano del hombre y de la mujer con Dios, que bajaba a la hora de la brisa de la tarde para conversar con ambos (cf. Gén 3, 8).

El pecado trajo consigo la ruptura de la armonía original entre la esfera temporal y la espiritual, que se relacionaban



San Gregorio VII - Iglesia de San Sebastián,
Antequera (España)

*Papas
enérgicos,
entre ellos San
Gregorio VII,
supieron
hacer que se
respetara la
superioridad
de la esfera
religiosa ante
los abusos
de poder del
Imperio*

*Después
del pecado
original,
la esfera
temporal
y la esfera
espiritual
se hacen la
guerra entre
sí, convir-
tiéndose en
un desafío
mantener
el justo
equilibrio*

de forma tan perfecta en el Paraíso. Desde entonces han surgido disensiones entre los que abogan por la supremacía del poder temporal sobre el espiritual y los que defienden la exclusividad de la sociedad religiosa descartando la existencia del ámbito civil.

En el cenit de la Edad Media, por ejemplo, tuvo lugar la primera tentativa revolucionaria por parte de ciertos emperadores de usurpar el poder propio de la Iglesia al nombrar a obispos en su territorio sin la aquiescencia del Papa. Este abuso de autoridad temporal originó la famosa querella de las investiduras que duró siglos y tuvo como fruto gloriosos martirios, como el de Santo Tomás Becket en Inglaterra. Papas enérgicos, entre ellos San Gregorio VII, supieron hacer que se respetara la superioridad de la esfera religiosa ante los abusos de poder del Imperio, sin pretender con ello anular en absoluto la autoridad de los soberanos. Por otra parte, reyes santos, como San Luis IX de Francia, gobernaron la esfera civil imbuidos del espíritu del Evangelio, constituyéndose en celosos protectores de los derechos de la Esposa Mística de Cristo.

*Creado del barro, pero a imagen
y semejanza de Dios*

El sapiencial principio de «darle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» se aplica también a la existencia diaria de cada hombre. En efecto, Adán fue creado del barro para subrayar su dimensión material, pero fue hecho a imagen y semejanza de Dios por su capacidad de participar de la vida divina. Después del pecado original esas dos realidades se hacen la guerra entre sí, como enseña San Pablo (cf. Rom 7, 14-23), convirtiéndose en un verdadero desafío mantener el justo equilibrio entre las apetencias del

«César» y los anhelos espirituales. Sin embargo, nada es imposible con el auxilio de la gracia.

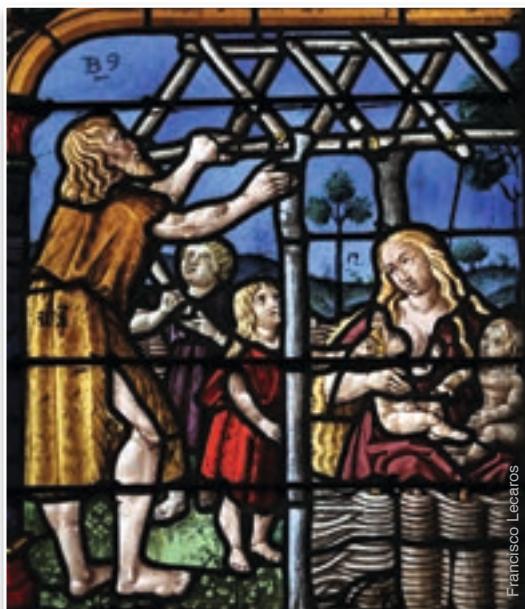
Debemos cuidar nuestra salud y bienestar, alimentándonos y descansando el tiempo conveniente. Sería antinatural hacer tabla rasa de la dimensión corpórea para dedicarnos exclusivamente al espíritu. Sólo almas con un llamamiento excepcional, como Santa Catalina de Siena, logran vivir a la manera de los ángeles, sin alimentarse ni dormir.

Además, nos vemos solicitados por las actividades corrientes, que el propio Dios nos impuso, como el trabajo profesional o doméstico, la educación de los hijos y la manutención de la familia. Ese es el buen orden de las cosas establecido por la Providencia.

Pero las realidades temporales no pueden ser obstáculo o impedimento para lo más importante, es decir, la participación de la naturaleza divina concedida en el santo Bautismo. La idea de prescindir, discriminar o despreciar la dimensión sobrenatural constituye una peligrosa herejía, que conduce al hombre y a la sociedad hacia su disolución.

Conscientes de haber sido alzados muy por encima de nuestra naturaleza, necesitamos compenetrarnos de las riquezas espirituales que nos han sido confiadas. La propia fragilidad derivada del pecado original nos debe llenar de temor de Dios porque, como afirma San Pablo (cf. 2 Cor 4, 7), llevamos tesoros preciosísimos en vasijas de barro.

El sacramento del Bautismo nos eleva a la categoría de hijos de Dios; por tanto, pertenecemos de pleno derecho a la familia divina y somos herederos de la gloria celestial de Nuestro Señor Jesucristo. Pagó el caro precio de nuestro rescate mediante su sacrificio en lo alto del Calvario, a fin de liberarnos de las garras esclavizantes del demonio y concedernos los torrentes de benevolencia y mi-



Adán construyendo una casa - Iglesia de Santa María Magdalena, Troyes (Francia)

Francisco Leceras

sericordia que harán de los más miserables pecadores, dignos conciudadanos de los ángeles.

Tengamos también en cuenta que, por así decirlo, una gota de gracia es más valiosa que todo el resto del universo creado.¹ De manera que si en nuestra vida privada o social no le atribuimos la relevancia debida al don sobrenatural recibido gratuitamente gracias a la sangre preciosísima de Jesús le estamos negando a Dios lo que le pertenece.

Absoluta supremacía divina

Como consecuencia de ello, por encima de las leyes de los hombres están los mandamientos divinos, de perfección insuperable, los cuales dan sentido pleno a la existencia humana, tanto en su dimensión terrena como en la espiritual.

Así pues, es indispensable que, cada uno según su estado, atienda con honestidad, disciplina y esmero a las necesidades temporales, pero conservando una noción clara de que éstas no pueden deteriorar ni poner en riesgo la gracia que habita en el interior de nuestro corazón y constituye para nosotros una garantía de eternidad. Al contrario, al subyugar las malas pasiones y tendencias desordenadas, hemos de construir un palacio interior en el cual resplandecen, al mismo tiempo, el brillo diáfano y ordenado de la naturaleza y el esplendor maravilloso de la gracia.

Y cuando la salvaguarda de las realidades temporales perjudique a las espirituales, nos corresponde optar siempre por estas últimas, recordando el principio dado por el Señor: «¿De qué le sir-



Sacramento del Bautismo - Iglesia de Saint-Patern, Vannes (Francia)

ve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?» (Mc 8, 36). Por lo tanto, teniendo que elegir entre Dios y el César, la preferencia será invariablemente Dios.

Si una comodidad ilícita, un lucro deshonesto o una amistad dañina inducen a pecar, rechacémosla con intransigencia, pues nada vale más que el tesoro de la gracia. San Luis IX, en su testamento, aconsejaba al heredero del trono de Francia: «Hijo, debes guardarte de todo aquello que sabes que desagrada a Dios, esto es, de todo pecado mortal, de tal manera que has de estar dispuesto a sufrir toda clase de martirios antes que cometer un pecado mortal»². En eso

consiste, en la fuerza del término, dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

De esta determinación firme y equilibrada surgirán damas y varones santos, capaces de gobernar a su pueblo con justicia y de procurar el verdadero progreso social, así como de elevar magníficas catedrales, hechas de luz, haciendo de la vida en este mundo un espejo del Paraíso, conforme pide el padrenuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo». ♦

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 112, a. 1.

² SAN LUIS DE FRANCIA. Testamento espiritual a su hijo. In: COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA. Liturgia de las Horas. 5.^a ed. San Adrián del Besós (Barcelona): Coeditores Litúrgicos, 1998, vol. IV, p. 1136.

Las realidades temporales no pueden ser obstáculo o impedimento para la participación de la naturaleza divina concedida en el santo Bautismo

Castidad: nuestro paraíso interior

Dios plantó en el interior del hombre otro «Edén», donde le proporcionaría una auténtica convivencia sobrenatural y le enseñaría a amar y ser amado.



Hna. Mariana Morazzani Arráiz, EP

iQué sublime debió ser la vida del hombre en el paraíso terrenal! Podemos imaginarnos cómo de noble fue la naturaleza: las plantas, los ríos, los animales... ¡Qué espectáculo presentarían los pájaros al elevar hacia el cielo su canto! ¡Qué sabor perfecto posee-

rían los frutos de los árboles que allí había! ¡Cuán intensa sería la convivencia con los ángeles!

Sin embargo, el don más grande que Dios les concedió a nuestros primeros padres era, sin duda, las conversaciones que con ellos mantenía todos los días por la tarde a la hora de la brisa (cf. Gén 3, 8). El Señor creó al hombre y a la mujer para que convivieran con Él y deseaba, en esa convivencia, inundarlos de su amor. Con

vistas a dicho objetivo sobrenatural los puso en el paraíso. Así, todas aquellas maravillas deberían ser para Adán y Eva la «escalera del amor» por la cual ascenderían hasta la visión beatífica, y el jardín del Edén, la «escuela de la caridad» donde aprenderían, ante todo, a amar y ser amados.

No obstante... ¡pecaron! Y el Altísimo, en su infinita justicia misericordiosa, los expulsó del paraíso y los despojó de gran parte de sus dones, de su dominio, de su ordenación natural... ¡Pero no los privó de su amor! Actuó como un padre que después de echarle una severa reprimenda a su hijo se dirige por la noche a la cama del pequeño con el fin de acariciarlo, mientras duerme, dando rienda suelta al cariño que la justicia le impide transmitirle enseguida, para no perjudicar su formación.

Si bien que el Creador expulsó al hombre del jardín que había plantado en el Edén (cf. Gén 3, 25), introdujo en el propio hombre otro «Edén», donde le proporcionaría una auténtica convivencia sobrenatural y le enseñaría a amar y ser amado. Este paraíso interior se llama *castidad*.



Leandro Souza

A partir del momento en que la historia de la Creación se definió como una guerra, el bien no alcanza toda su belleza sino cuando se pone en lucha contra el mal

San Miguel Arcángel pisando al demonio
Casa de los Heraldos de Evangelio de
Juiz de Fora (Brasil)



Fotos: Reproducción



En las fotos de arriba: Santa Juana de Arco en combate, por Hermann Stilke - Museo del Hermitage, San Petersburgo (Rusia); Cristo crucificado - Casa de los Heraldos del Evangelio de Campo Grande (Brasil); San Luis en la batalla de Taillebourg, por Eugène Delacroix, Galería de las Batallas del Palacio de Versalles (Francia)

La escuela del verdadero amor es la lucha

¿De qué manera le enseña Dios al hombre a amar mediante la castidad? La explicación es sencilla, pero ha de ser comprendida en profundidad.

Es posible que algunos se planteen el siguiente problema: «¿Por qué Dios permite que los justos sean atormentados por los viles embates de la impureza? ¿Por qué deja que un lodo tan fétido se deslice y se escurra por el cristal de un alma pura?».

Para solucionar esta cuestión cabe añadir otra: «¿No fue igualmente horrible la entrada de un demonio en el paraíso?». Y, por increíble que parezca, la respuesta es: ¡No! Porque a partir del momento en que la historia de la Creación se definió como una guerra (cf. Ap 12, 7) el bien no alcanza toda su belleza sino cuando se pone en lucha contra el mal.

El gran San Miguel resplandecía de gloria en la contemplación de las maravillas que Dios les revelaba a los ángeles antes de la prueba. Pero ¿no se volvería aún más bello al defender el honor del Altísimo contra la arrogancia de Lucifer? ¿Acaso la Virgen se muestra en algo rebajada cuando se

*Todo esto ocurrió
así porque era
lo más bello.
El combate del
justo contra el mal
no lo rebaja, sino
que lo ennoblece*

la representa pisando la cabeza de la serpiente? ¿Santa Juana de Arco brillaría de la misma forma si no tuviera el mérito de haber resistido en su fe en medio de un hatajo de traidores?

¿No estaría más en consonancia con la inmaculada virtud del rey San Luis morir en un lecho albo, en la sagrabilidad de un castillo medieval, asistido por sacerdotes y religiosos que encaminaran su alma hacia Dios? ¿Por qué dispuso la Providencia que expirara sobre las arenas paganas de Túnez? ¿No parecería vil que el Hombre Dios —oh supremo ejemplo— muriera como un bandido, casi desnudo, abandonado y ul-

trajado? ¿Por qué entonces la Redención se obró de ese modo?

Todos estos hechos ocurrieron tal como lo conocemos porque así era lo más bello. En efecto, el combate del justo contra el mal no lo rebaja, sino que lo ennoblece. Por eso la espada arrebata más cuando la empuña un guerrero que cuando está encerrada en un escaparate en las manos de un maniquí. Y por eso también la castidad se muestra más bella riñendo con el demonio, el mundo y la carne en el alma de alguien que está probado y tentado que reluciendo como un bibelot en un bebé.¹

En el alma del hombre combatiente ella es como un horno que le enseña a dedicar a Dios un amor purificado, aislado, sin fingimientos ni intereses propios.² ¡He aquí la castidad como «escuela del amor»!

En el paraíso la gran «lección de amar» que Dios dio al hombre fue, precisamente, permitir la tentación de la serpiente, prueba que no superó porque no amó. Si hubiera amado también habría combatido y vencido la torpe solicitud del enemigo. No existe, pues, amor sin disposición de luchar.

Sentirse amado por Dios: la recompensa de las almas puras

El santuario interior de nuestra castidad nos enseña, además, a ser amados por Dios y más dignos de ese amor desbordante. ¿Cómo?

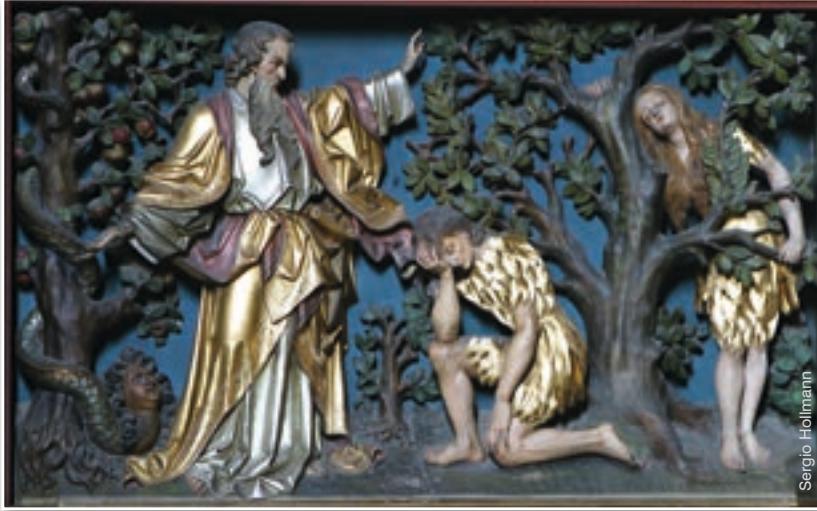
Ciertos deleites naturales complacen tanto al hombre que parecen que tocan algo en su alma, por lo cual lo corporal y lo espiritual se unen en una armonía. Esos placeres son muy particulares y demasiado numerosos para listarlos aquí. Para unos podrá ser una determinada música; para otros, el contacto con el mar; para otros aún, una comida concreta o, tal vez, un sereno descanso.

En el fondo, la verdadera satisfacción que dan tales placeres consiste en que el individuo se sienta amado. De hecho, el hombre impío también puede deleitarse con todos esos gozos, pero jamás llegará a través de ellos a la conclusión de que es amado por Dios, pues los disfrutará con egoísmo, intemperancia y, en consecuencia, con peso de conciencia. El justo, por el contrario, incluso desde una trinchera, con frío y con hambre, enlodado y con la vida en peligro —si es la voluntad de la Divina Providencia—, por su templanza y castidad podrá pensar, tranquilo: «¡Dios me

ha dado la gracia de luchar! ¡Cuánto soy amado por Él!».

Ningún placer lleva al hombre a sentirse amado por el Padre celestial si no ama y practica la castidad. El hombre casto, a su vez, incluso inmerso en las mayores pruebas, encontrará en su paraíso interior el torrente del cual beberá el amor de Dios y por eso seguirá su camino con la cabeza levantada (cf. Sal 109, 7).

Necesitamos aprender a nunca dar oídos a la serpiente que, tarde o temprano irá a nuestro encuentro, mostrándonos su «poder»



Adán y Eva después de pecar - Catedral de Estrasburgo (Francia)

¹ Sobre la lucha que el hombre debe emprender para conservar la castidad y cómo ésta agrada a Dios, afirma San Juan María Vianney: «La castidad de un alma es de mayor precio a los ojos de Dios que la de los ángeles, ya que los cristianos sólo pueden

adquirir esta virtud luchando, mientras que los ángeles la tienen por naturaleza; los ángeles no deben luchar para conservarla, mientras que el cristiano se ve obligado a mantener consigo mismo una guerra constante. [...] Cuanto más se desprende un alma de sí mis-

ma por la resistencia a las pasiones, más se acerca Dios y, por un venturoso retorno, más íntimamente se une Dios a ella: la contempla y la considera como su amantísima esposa, la hace objeto de sus más dulces complacencias y establece en su corazón su per-

Si caemos, levantémonos cuanto antes

En este inmenso campo de batalla en que nos hallamos, necesitamos aprender a nunca dar oídos a la serpiente. Tarde o temprano irá a nuestro encuentro,³ mostrándonos su «poder»... Querrá, como hizo con Eva (cf. Gén 3, 1-6), ofrecernos el «conocimiento» o convencernos a degustar lo que está prohibido... Entonces iechemos fuera a esa maldita! La impureza de ninguna manera nos hará más sabios que la castidad y si rechazamos experimentar sus seducciones jamás nos arrepentiremos, como no nos arrepentiríamos de no haber probado el amargor de la hiel.

Ahora bien, hay una locura aún mayor que la de ensuciarse en el lodo de la impureza: no querer limpiarse después de ensuciarse. En efecto, existe en el hombre un acto reflejo por el cual tan pronto como algo

le salpica la cara de inmediato trata de quitárselo; asimismo, siempre que alguien se resbala y se cae, la vergüenza lo impele a levantarse cuanto antes, permaneciendo lo menos posible en el suelo. Sin embargo, iqué terrible inversión! En el orden sobrenatural, con frecuencia, esos reflejos actúan de forma contraria: cuando la persona peca,

petua morada» (SAN JUAN BATISTA MARÍA VIANNEY. *Vida y virtud. Homilías II*. Madrid: RIALP, 2011, pp. 192-193).

² Bien nos lo recuerda San Alfonso de Ligorio: «Dios permite las tentaciones para enri-



En las fotos de arriba: Henri de La Rochejaquelein, por Pierre-Narcisse Guérin; el P. Walmir Bortoletto, sacerdote heraldo recientemente fallecido; retrato anónimo de San Luis Gonzaga niño

la misma vergüenza le lleva a querer permanecer prostrada...

Para un hijo de la Virgen Santísima eso no debe ser así. Si el enemigo logró aflojar nuestra voluntad y nos llevó a practicar el mal, hagamos enseguida de esa voluntad una columna de hierro que aplaste a la serpiente y pongámonos de nuevo en la amistad con Dios.

¡Amemos la castidad!

Después del pecado original, Dios colocó a los querubines de espada llameante para que guardaran la entra da del paraíso (cf. Gén 3, 24). Y no pensemos que el «paraíso interior» de cada uno de nosotros, nuestra castidad, esté menos custodiado. Tenemos a nuestro buen ángel de la guar

En el alma del hombre combatiente la castidad es como un horno que le enseña a dedicar a Dios un amor purificado

da para defenderlo; basta que depositemos en sus manos la espada de fuego de nuestra radicalidad y piedad.

Sobre todo, no lo olvidemos: la Virgen nos ama con amor de predilección, y con esta misma predilección

desea nuestra perseverancia y fidelidad. En medio a las luchas que la vida nos trae y aún nos traerá, procuremos oír su dulce voz que murmura en nuestros corazones: «Pelearé contra los que os atacan y guerrearé contra los que os hacen guerra. Seré yo misma vuestro escudo y armadura y os diré: «Yo soy vuestra salvación». Entonces vuestra alma se alegrará y exultará, rodeada en mis brazos, y dirá: «¡Qué grande es el amor de mi Madre purísima; Ella desea todo el bien para su siervo!»» (cf. Sal 34, 1-3.9-10).

Como verdaderos heraldos de la castidad, lucharemos con valentía. Así, podremos contemplar el triunfo de la pureza y recibir el premio de nuestra fidelidad en el esplendor del Reino de María. ♦

quecernos con méritos, como le dijo el ángel a Tobías: «Por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación o aflicción te probase» (Tob 12, 13). [...] Por fuertes que sean las tentaciones del demonio, [...] si no las queremos, no manchan el alma, sino que

la hacen más pura, más fuerte y más querida de Dios» (SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *A práctica do amor a Jesus Cristo*. 7ª ed. Aparecida: Santuário, 1996, p. 219).

³ Sobre esto, afirma el Santo Cura de Ars: «No care-

ce de enemigos que se esfuerzen por arrebatarla [la castidad]. Hasta podríamos decir que casi todo cuanto nos rodea está conspirando para robárnosla. El demonio es uno de los enemigos más temibles; viviendo él en medio de la hediondez de los vicios impuros

y sabiendo que no hay pecado que tanto ultraje a Dios, y conociendo además lo agradable que es a Dios el alma pura, nos tiende toda clase de lazos para arrebatarnos esta virtud» (SAN JUAN BATISTA MARÍA VIANNEY, op. cit., p. 202).



Sencillo pero expresivo gesto

El desacertado golpe del verdugo hizo que, al caer el cuerpo de su hermana mayor al suelo, su vestido se rasgara. Entonces Alodia fue corriendo hasta ella para arreglarle la ropa.



Hna. María Gabriela Carvalhaes Fiúza, EP

El valor moral de una persona reside, sobre todo, en su actitud de refrenar las malas pasiones y ordenar los afectos del alma conforme la voluntad de Dios. Sin embargo, esa disposición debe reflejarse también de alguna forma en el exterior: en la conducta, las palabras y el vestuario. Y la virtud que a eso nos invita, más que cualquier otra, es la de la modestia.

Lejos de ser propia a las almas débiles y tímidas, sólo logra ser bien practicada por quien es generoso y firme en la fe. Exige vigilancia, mortificación y, por encima de todo, un corazón abierto a las realidades sobrenaturales. En efecto, si vivimos convencidos de la presencia de Dios y de la compañía constante del ángel de la guarda nos resultará más fácil mantener la debida compostura en las acciones exteriores, por respeto a aquel que todo lo ve y a sus sublimes embajadores celestiales.

Como virtud manifestada a los otros, la modestia constituye un acto de caridad hacia el prójimo, al cual edificamos mediante el ejemplo, y de verdadero amor hacia nosotros

mismos, pues nos lleva a comportarnos según nuestra condición de criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios y de templos vivos del Espíritu Santo.

La vida de los santos, que contiene numerosos casos de insignes gestos de amor a Dios, nos ofrece también hechos ilustrativos de esa excelente virtud. Entre ellos encontramos el de dos jóvenes hermanas que vivieron en la península ibérica durante la época en la que ésta estaba dominada casi completamente por los sarracenos.

Dos huérfanas perseguidas por ser cristianas

Con el ascenso al trono de Abderramán II, en la tercera década del siglo IX, empezaba un período difícil para los cristianos del emirato de Córdoba, pues, aunque no hubiera un clima de persecución encarnizada, quien desobedeciera abiertamente las leyes del Corán debía ser denunciado a las autoridades.

Cuenta la tradición que un rico muladí de la villa de Adahuesca, situada al norte de la península, se casó por aquellos años con una cris-

tiana; de esta unión nacieron dos niñas: Nuni y Alodia. Ambas fueron educadas por su madre en la religión verdadera a escondidas, para evitar que le acusaran de «apostasía».

Siendo aún adolescentes se quedaron huérfanas de padre y madre y fueron confiadas a la custodia de un pariente paterno, acérximo adepto del islamismo. No obstante, incluso en aquel ambiente hostil, las hermanas perseveraban en la fe recibida en el Bautismo.

Ante el temor a ser denunciado por mantener a dos jóvenes cristianas en su casa y codiciando el premio prometido a quien delatará a los seguidores de Jesús, su tutor las entregó a Jalaf ibn Rasid, gobernador de Alquézar. Éste intentó convencerlas, con lisonjas y amenazas, a que abandonaran su religión, pero todas sus propuestas fueron rechazadas con energía por las hermanas, que le declararon estar dispuestas a vivir o morir por Cristo.

Admirado por su perseverancia y conmovido por la juventud de las dos, Jalaf ordenó que regresaran a casa, sin hacerles ningún daño.

«La muerte nos llevará a los brazos de Cristo»

Desgustado con el inesperado desenlace, el impío pariente apeló a la autoridad de Zimael, gobernador de Huesca.

Nuevamente fueron llamadas a interrogatorio. Si adjuraban de la fe, recibirían oro, plata, vestidos y joyas, además de ricos y nobles esposos; si no lo hacían, serían sentenciadas a la pena de muerte. Pero nada conmovía a las heroicas hermanas, que respondieron:

«No te empeñes en apartar del culto de Dios a dos vírgenes. [...] Con Cristo está la vida y sin Él, la muerte. Permanecer a su lado y vivir en Él, es la verdadera alegría; separarse de Él, la perdición eterna. En cuanto a nosotras, tenemos el propósito de no abandonarle; le hemos consagrado la santidad de nuestro cuerpo. Las ventajas de esas cosas perecederas que nos propones, las despreciamos. [...] Por lo que se refiere a la muerte con que nos amenazas, la recibiremos muy contentas, sabiendo que ella nos abre las puertas del Cielo y nos lleva a los brazos de Cristo».¹

El regidor se dio cuenta de que el hecho de estar juntas las fortalecía en sus convicciones y ordenó que las separaran. Las envió a la casa de diferentes familias, quienes al paso que las trataban muy bien, procuraban persuadirlas con promesas y amenazas diciéndoles: «¿Qué haces? Tu hermana ya ha renegado y quiere seguir nuestra ley»².

Cuarenta días después, Nunilo y Alodia se encontraron de nuevo ante el inicuo gobernador. En este último interrogatorio el ataque fue más sutil al presentarles la propuesta de que

tan sólo simularan una renuncia a la fe. Ante el rechazo enérgico de las jóvenes, inmediatamente pronunció la sentencia de muerte por decapitación.

Noble gesto nacido de un corazón puro

Como Nunilo era la mayor, le tocó ser la primera.

«No te empeñes en apartar del culto de Dios a dos vírgenes. Con Cristo está la vida y sin Él la muerte»



Santas Nunilo y Adolia camino del martirio
Monasterio de San Salvador de Leyre (España).
En la página anterior, martirio de Santa Nunilo

Descubrió su garganta para facilitarle el trabajo al verdugo y se preparó para recibir la corona del martirio; pero el ejecutor erró parcialmente el golpe. Al caer su cuerpo al suelo y con los estertores de la muerte su vestido se rasgó. Entonces Alodia fue corriendo hasta ella para arreglarle la ropa. Y como si viera su alma volar cual paloma hacia el Cielo, le decía jubilosa: «Espérame un poco, hermana, espérame un poco»³.

Luego se preparó para recibir el golpe fatal, aunque antes ciñó su túnica a la altura de los pies, con la cinta con la que ataba sus cabellos, para evitar lo sucedido con su hermana.

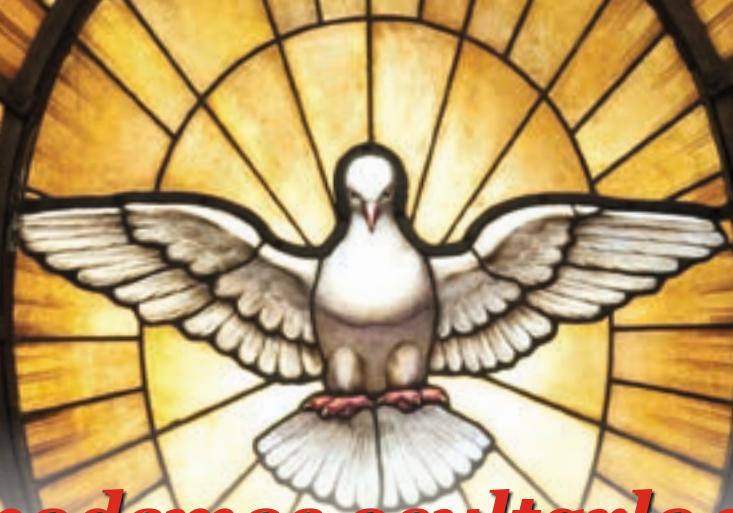
Sus cuerpos fueron abandonados en el propio lugar, con el fin de convertirse en alimento de los animales. Sin embargo, éstos no se atrevieron a tocarlos, pues una fuerza divina veía sobre los restos mortales de las dos hermanas. Al fijarse en ello, los infieles los arrastraron fuera de la ciudad, donde los cristianos les dieron sepultura.

Sin duda, aquella jovencita intrépida que salió corriendo para cubrir el cuerpo de su hermana no podía siquiera imaginar que la consideración de ese sencillo gesto suyo, recordado con admiración a lo largo de los siglos, valdría más que muchas palabras en este mundo tan avieso a la virtud y, en especial, a la modestia. ♦

¹ PEDROARENA, OSB, José Antonio X. Santas Nunilo y Alodia. In: ECHEVERRÍA, Lamberto; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2006, v. X, p. 578.

² CARAYOL GOR, Rafael. *Santas Mártires del Monte, Alodía y Nulílon*. 3.^a ed. Granada: Porcel, 2002, p. 13.

³ Ídem, p. 16.



No podemos ocultarlo más: ¡Él es Dios!

Casi cuatro siglos habían pasado y los cristianos no osaban llamarlo Dios. Hasta que, entre luchas y persecuciones, los Padres Capadocios dieron testimonio de la divinidad del Paráclito.

Arthur Felipe Grando Leal



Si a las aventuras portuguesas de ultramar Luis de Camões las llamó «cristianos atrevimientos»,¹ ¿qué palabras emplearía en sus escritos al considerar las santas proezas que marcaron de punta a punta el siglo IV?

Obligados al culto clandestino y subterráneo en Roma, los cristianos perseguidos que vivieron entre finales del siglo III y principios del siglo IV difícilmente podrían imaginar los premios que la Divina Providencia les reservaba. Sin embargo, para alcanzarlos, les imponía una condición: la perseverancia.

Quien se mantuviera firme en la verdadera fe pronto constataría los enormes cambios en el panorama de los acontecimientos y asistiría a las victorias más grandes.

De la libertad al Concilio de Nicea

En el año 311 se difundió por todo el Imperio romano una noticia que llenó de esperanza a las almas devo-

tas: en vísperas de su muerte, el emperador Galerio había dejado un documento en favor de los cristianos.

¿Esperanza? Sí, es verdad, pero también mucha inseguridad... ¿Cómo saber si no se trataba de una trampa a fin de llevar a los cristianos de nuevo a la arena? Fue necesario esperar dos años más para que, mediante el Edicto de Milán, Constantino les otorgara a los católicos una verdadera libertad de culto.

No obstante, a pesar de que constituyó una gran victoria para la Iglesia, no se trataba de un reconocimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio ni tampoco equivalía —ni de lejos— al establecimiento del Reino de Cristo en la tierra.

En efecto, en cuanto salió a la luz del sol la Esposa Mística de Cristo, que en las catacumbas germinaba como una semilla debajo de la tierra, se encontró con la cizaña de la herejía intentando sofocarla...

Pasados algunos años de libertad, muchos cristianos ya se habían dejado enredar por el error. El arrianismo se extendía entre ellos, llevándolos a negar la divinidad de Cristo; y para zanjar el asunto fue convocado en el 325 el Concilio de Nicea, en cuyo Credo se afirma que el Hijo es consubstancial al Padre y, por tanto, Dios.

Con todo, incluso habiendo sido así condenada su doctrina por la magna asamblea, los secuaces de Arrio aún continuaron perturbando durante siglos la vida de la Iglesia.

Amistades consolidadas en Dios

En esa época de luchas en campo abierto, crecía en Cesarea de Capadocia un niño de cualidades inusuales y oriundo de una familia profundamente cristiana, de la cual la Iglesia venera como santos a otros cinco de sus miembros.

De nombre Basilio, el joven inició el estudio de las artes retóricas en su ciudad natal, dirigiéndose después a

Constantinopla y Atenas. Cuando regresó a Cesarea, no obstante, renunció a las riquezas y carrera para dedicarse por entero a Dios, primero como monje y luego como obispo.²

Al tomar contacto con los problemas que por entonces enfrentaba la Iglesia, Basilio se apresuró a desarrollar argumentos contra la herejía arriana. Con gran sabiduría, trató de precisar el lenguaje teológico, poniendo en términos más exactos doctrinas que, muchas veces por falta de definición, venían causando ambigüedades, discusiones y apostasías.

Uno de sus hermanos más pequeños, que había sido igualmente consagrado obispo, le sirvió de importante apoyo en ese combate. Ejerció el ministerio episcopal en un distrito metropolitano de Cesarea, pasando a ser conocido como Gregorio de Nisa, nombre del territorio de su diócesis.

San Basilio también tuvo amigos que alcanzaron la honra de los altares. En el período que estuvo en Atenas estrechó lazos con otro Gregorio, procedente de la región de Nazianzo, al sudoeste de Capadocia. Los dos tenían la misma edad y provenían de familias aristocráticas y cristianas. Enseguida entablaron una amistad que los uniría hasta el final de sus

vidas, consolidada no en una simple afinidad de temperamentos, sino sobre todo en la santidad, en el amor a Dios y en la defensa de la verdadera doctrina. Del mismo modo, en función de la causa a la cual se había entregado, Basilio era estimado por el gran San Atanasio.

En lucha por la ortodoxia

En aquellas circunstancias históricas, defender la ortodoxia equivalía principalmente a rebatir los argumentos de los herejes, lo que era hecho habitualmente a través de discursos, cartas y tratados.

San Basilio no tardó mucho en lanzarse a la lidia, explicando las verdades proclamadas en Nicea y oponiéndose, por tanto, a las doctrinas arrianas. Fiel a las enseñanzas de San Atanasio, desarrolló nuevos argumentos y perfeccionó los términos de la teología trinitaria definida por

*Incluso habiendo
sido así condenada su
doctrina, los secuaces
de Arrio aún conti-
nuaron perturbando
durante siglos la
vida de la Iglesia*



Primer Concilio de Nicea, por Cesare Nebbia - Salón Sixtino de la Biblioteca Apostólica Vaticana

el concilio,³ sobre los que declaraba en una carta: «No podemos añadirle nada al Credo de Nicea, ni siquiera la cosa más leve, con excepción de la glorificación del Espíritu Santo; y esto porque nuestros padres mencionaron este tema sólo de pasada»⁴.

Además del arrianismo, otras doctrinas heterodoxas, también promovidas por falsos pastores, amenazaban envenenar el rebaño de Cristo. Entre ellas estaban el semiarianismo y el sabelianismo, que propagaban errores cristológicos más sutiles.

El Paráclito es declarado Dios

Ante estos nuevos desvíos, los paladines de la fe no se podían quedar parados. En el 362 San Atanasio convocó un concilio en Alejandría, a propósito del cual San Basilio otra vez insistió en una correcta definición de los términos teológicos.⁵ Ahora bien, esta precisión de lenguaje anhelada por el gran doctor de la Iglesia no era únicamente una exigencia de carácter doctrinario, sino también el primer paso escogido por la Providencia para glorificar a la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

En este contexto San Basilio escribió, en el año 375, su tratado *Sobre el Espíritu Santo*. En él defendía la divinidad del Paráclito, pero, como ha sido dicho, se trataba nada más que de un paso inicial... A pesar de ofrecer todos los argumentos que permitirían afirmar dicha verdad, el autor no llega a afirmar inequívocamente la consubstancialidad del Espíritu Santo con el Padre.

Más tarde diría San Gregorio de Nisa que, aunque San Basilio ya creyera en esa tesis, la defendió con hechos y no con palabras, porque convenía que se aceptara la consubstancialidad del Hijo antes de hablar de la del Espíritu Santo.⁶

Compartiendo los mismos ideales y, sobre todo, la misma fe de su amigo Basilio, San Gregorio Nacianenco decidió cierto día proclamar va-

lientemente ante Dios, los ángeles y los hombres lo que ya no era posible esconder: «¿Hasta cuándo vamos a ocultar la lámpara bajo el celemín y privar a los demás del pleno conocimiento de la divinidad del [Espíritu Santo]? La lámpara debería colocarse encima del candelabro para que alumbe a todas las iglesias y todas las almas, no ya con metáforas o bosquejos intelectuales, sino con una exposición clara»⁷.



Santos Basilio y Gregorio Nacianenco

Compartiendo la misma fe de su amigo Basilio, San Gregorio Nacianenco decidió proclamar lo que ya no era posible esconder

Así, en este sermón de San Gregorio, pronunciado en el 372, el Paráclito fue declarado Dios de una manera categórica.

¿Fin de la herejía?

Se diría que, después de tan grandes revéses, los herejes quedarían definitivamente derrotados, pero no fue así. La lucha continuó y, a medida que los años pasaban, nuevos argumentos eran acuñados, obligando a los Padres Capadocios —San Basilio, San Gregorio de Nisa y San Gregorio Nacianenco— a escribir y predicar para desmentir cabalmente cada una de esas falacias.

Yendo más allá de lo expuesto en su tratado *Sobre el Espíritu Santo*, San Basilio continuó el combate a través de sermones, cartas y de la institucionalización del culto litúrgico.

San Gregorio Nacianenco se distinguió por la composición de cuarenta y cinco discursos teológicos, pronunciados en su mayoría entre los años 379 y 381. Entre ellos destacan los *Cinco discursos teológicos sobre la divinidad del Logos*, en los cuales defiende el dogma de la Iglesia contra los eunomianos y los macedonianos. Más tarde, sus obras le valdrían el título de «el Teólogo»⁸.

San Gregorio de Nisa, por su parte, elaboró los cuatro tratados *Contra Ecunomio*, un hereje arriano que atacaba la fe de San Basilio. Además de esto, escribió contra los apolinaristas y los pneumatómacos, esclareciendo diversas cuestiones que resultaron de la afirmación de la divinidad del Espíritu Santo.

Últimas luchas y conquistas

Partidario de los arrianos, el emperador Valente procuró numerosas veces minar la autoridad de San Basilio en la región de Capadocia. Pero en el 378 ese gobernante vino a fallecer y, poco tiempo después, el 1 de enero del año siguiente, el inmortal Basilio subía al Cielo, con tan sólo 50 años.

Al parecer, con la muerte de Valente se verificarían nuevas condiciones de paz, y así fue. Le sustituyó en el trono el católico Teodosio, que en el año 380 reconoció al cristianismo como religión oficial del Imperio.

Ahora bien, como ni siquiera así cesaron las herejías, Teodosio convocó un nuevo concilio, que se realizaría en Constantinopla en el 381, en el cual Gregorio de Nisa, por entonces obispo de Sebaste, intervino ampliamente, con el objeto de oficializar y sellar las verdades que, con tanto heroísmo y durante tantos años, él y su hermano habían defendido. Al respecto comenta el célebre Johannes Quasten: «No cabe duda de que las bases para este gran momento de la historia de la cristiandad las había puesto Basilio»⁹.

Pocos años después, probablemente en el 385, moría San Gregorio de Nisa.

San Gregorio Nacianceno, por su lado, contando con el apoyo de Teodosio, fue reconocido como obispo de Constantinopla, importante sede episcopal que durante el imperio de Valente estaba en manos de los arrianos. Sin embargo, un poco después, siendo objeto de acusaciones por parte de la jerarquía eclesiástica de Egipto y de la de Macedonia prefirió renunciar y retirarse a su tierra natal, donde moriría en el año 390.



San Gregorio de Nisa - Iluminación del Menologio de Basilio II,
Biblioteca del Vaticano

*En Constantinopla,
Gregorio de Nisa
intervino con el
objeto de oficializar
y sellar las verdades
que él y su hermano
habían defendido*

Una proeza fundada sobre la roca

A la gran epopeya de la Iglesia del siglo IV, bien podemos aplicarle el pasaje del Evangelio que dice: «Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7, 25).

La casa es la verdadera fe: vinieron las inundaciones de las calumnias y de los falsos profetas, cayeron las

tormentas de las persecuciones, soplaron las herejías y embistieron los emperadores; no obstante, estaba edificada en la piedad y en la doctrina de grandes santos y, por tanto, fundada sobre la roca. Estando junto con ello no había nada que temer, pues el Espíritu Santo los guiaba.

¡Cuánto heroísmo! ¡Cuánta valentía de parte de esos bienaventurados pastores para, en un

campo minado de herejías, presentar doctrinas tan osadas para esa época! ¡Qué «cristianos atrevimientos»! Proezas como esas no caben en versos, porque rebasan las reglas de la métrica humana. Son dictadas por el Altísimo y nadie puede afirmar que no las oyó.

Dios tiene sus tiempos y momentos. Por eso supo divinamente esperar a que los siglos pasaran para, finalmente, revelarse a los hombres. Todo se hizo progresivamente y sin prisas. Pero ¿qué sería de nuestra fe si los hombres llamados a proclamar la divinidad del Espíritu Santo se hubieran callado por miedo al poder y al prestigio de los heresiarcas?

¡Qué punición no les habría reservado la Divina Providencia para ellos! ¡Y cuál no habría sido el castigo para los fieles de la época si hubieran rechazado la explicación de una tan importante verdad de nuestra fe! Tal vez la Historia de los siglos posteriores habría sido muy distinta. ♦

¹ CAMÓES, Luís Vaz de. *Os Lusíadas*. Canto VII, 14.

² Cf. MOLINÉ, Enrique. *Los Padres de la Iglesia*. 6.^a ed. Madrid: Palabra, 2014, pp. 253-254.

³ Cf. LAPORTE, Jean. *Les Pères de l'Église. Les Pères grecs*. París: Du Cerf, 2010, t. II, p. 118.

⁴ SAN BASILIO MAGNO. *Epistola 258*, n.^o 2: PG 35, 950.

⁵ Cf. QUASTEN, Johannes. *Patrología. La edad de oro de la literatura patrística griega*. 3.^a ed. Madrid: BAC, 1977, v. II, p. 252.

⁶ Cf. MOLINÉ, op. cit., p. 256.

⁷ SAN GREGORIO DE NAZIANZO. *Oratio 12*, n.^o 6: PG 35, 850.

⁸ QUASTEN, op. cit., p. 268.

⁹ Ídem, p. 227.

Protectores y abogados del hombre

Nos fueron dados no sólo para protegernos en los momentos de peligro y prueba, sino para que recen e intercedan por nosotros a cada instante.

Son nuestros mediadores y abogados ante Dios. Por eso nos aconseja el Dr. Plinio que siempre imploremos su auxilio.

Miembros del optimismo moderno, debido a la mentalidad obsesiva del *happy end*, es bastante propenso a creer que no existen de manera alguna la lucha, las dificultades y los peligros, la Iglesia, por el contrario, nos enseña que esta vida es un combate sembrado de riesgos materiales y espirituales. Por eso la Providencia Divina ha puesto a un ángel para que vele sobre cada uno de nosotros. Y lo ha hecho con tanta munificencia que hay también un guardián celestial para cada ciudad y nación, además del que tutela la propia Santa Iglesia Católica, el arcángel San Miguel.

No será disparatado pensar que, probablemente, para grupos, familias de almas, sociedades, etc., existen igualmente ángeles de la guarda, de tal modo que todos los seres son amparados por un espíritu angélico.

De estas consideraciones se desprende una primera lección de carácter sobrenatural, que nos lleva a comprender cómo está equivocada la posición, condenada por Dom Chautard,¹ de quienes dice: «Soy muy capaz, inteligente, habilidoso, experto; por ello, siempre que no me sobrevengan obstáculos demasiado grandes, no necesito —ni en la vida espiritual ni en la material— del auxilio de Dios. Yo respondo por mí mismo de aquello que he de hacer».

Ahora bien, si el Altísimo encargó a un ente celestial que acompañara y protegiera a cada uno de nosotros, es porque en todo momento y para todo lo que hacemos necesitamos de su auxilio.

Distorsiones de una falsa piedad

Por otra parte, como consecuencia de las concepciones de una piedad errónea, en muchas pinturas que re-



Plinio Corrêa de Oliveira



presentan al ángel de la guarda en acción aparece siempre un niño, lo cual vagamente insinúa que tal amparo se destina tan sólo a los más pequeños. Por lo tanto, únicamente son éstos los que creen en los ángeles y un espíritu «emancipado», más «desarrollado», ni cree en él ni precisa de su ayuda.

*Él no nos abandona ni un minuto
siquiera. Actúa sin
que se lo pidamos,
pero más lo hará
todavía si implora-
mos su asistencia*



Gustavo Krajc

Recuerdo haber visto una estampa donde se veía un bonito riachuelo, con graciosas plantitas en la orilla, y un niño regordete, de tez rosada, con aire de quien acaba de salir de la cama y ha sido aseado, peinado y arreglado. Se encuentra pasando un puente donde hay una tabla rota en la cual iba a poner el pie, pero el ángel de la guarda, que va detrás, lo protege.

Da la impresión de que aquello es el mundo de las imaginaciones del niño e indica el estado de espíritu con que atraviesa el puente. Con mucho favor, se podría pensar que el ángel de

Los antiguos poseían profunda noción de la presencia y de la intercesión de los ángeles custodios y por eso construían iglesias en su honor

la guarda hace lo mismo con los adultos. Luego, para evitar accidentes de coche, enfermedades, pequeñas desgracias, etc., es bueno recurrir a él. En suma, sirve para las necesidades materiales; en cuanto a las espirituales no se habla de la protección angélica. Razón por la cual muchos piden la curación de alguna dolencia, otros, que favorezca una reconciliación y cosas similares. Pocos tienen noción de que nuestros ángeles custodios nos han sido dados sobre todo para lo más importante: velar por nuestra alma, luchar y actuar con nosotros para vencer nuestras dificultades espirituales.

Nunca estamos solos

Y, sin embargo, icuánto nos consolaría en las horas de las tribulaciones y tentaciones, en donde nos sentimos solos, tener la certeza de que un ángel está a nuestro lado! Aunque no lo sintamos ni lo percibamos, él no nos abandona ni un minuto siquiera, y se encuentra a la espera de nuestras oraciones para actuar por nosotros. Muchas veces actúa sin que se lo pidamos, pero más lo hará todavía si imploramos su asistencia.

Mientras tejemos estas consideraciones, el recinto en el que nos encontramos está repleto de ángeles de la guarda que velan por nosotros,

además del ángel destinado a amparar el conjunto de nuestro movimiento, si fuera verdad lo que hemos visto más arriba con respecto a las familias de almas, sociedades, etc.

Comprendemos, así, cuánta alegría disfrutaríamos si tuviéramos esa idea siempre presente en nuestro espíritu. Cuando hacemos apostolado, cuando pasamos por problemas interiores, por disgustos y contrariedades de toda clase, nos sentimos solos. Tal soledad es una ilusión: al lado de cada uno está el ángel de la guarda. A pesar de que imaginemos que entre nosotros y él hay una distancia como entre el cielo y la tierra, de hecho, él está cerca, rezando, vigilando, protegiendo al hombre cuya custodia le ha sido confiada por Dios.

Nuestro intercesor particular

Compenetrarse de esta verdad nos proporciona aliento a la vida espiritual, pues sentimos que la mano de Dios nos acompaña a cada paso. E ilustra las afirmaciones de Nuestro Señor en el Evangelio: no cae un cabello de nuestra cabeza, ni hoja del árbol, ni muere un pájaro sin permiso del Creador. Es decir, la conexión entre la misión del ángel de la guarda y la doctrina católica sobre la Divina Providencia es admirable, propia



Sergio Holmann

En lo alto, en el centro, detalle de El Juicio final, por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia); arriba, el monte Saint-Michel (Francia)

a estimular en nosotros la virtud de la confianza, porque en ella crecemos al tener siempre presente que el ángel custodio nos ha sido dado no sólo para los momentos de peligro y prueba, sino también para que rece e interceda por nosotros a cada instante.

El ángel de la guarda es nuestro mediador y abogado ante el trono del Altísimo y ruega continuamente por nosotros. Por lo tanto, es totalmente congruente que le pidamos a él que nos obtenga gracias y aparte de nosotros los peligros.

Estímulo y consuelo para nuestras almas

Los antiguos, por cierto, poseían profunda noción de la presencia y de la intercesión de los ángeles custodios y por eso construían iglesias en su honor, y algunos lugares donde se aparecían se convertían en destinos de peregrinación. Por ejemplo, la abadía del monte Saint-Michel, en Normandía. San Miguel Arcángel es el patrón de la nación francesa; y también de Roma, después de que se manifestara en lo alto del otrora mausoleo del emperador Adriano, y donde hoy se ve el castillo llamado Sant'Angelo. En otras ocasiones, se veía ángeles que secundaban a los católicos en sus enfrentamientos contra herejes y adversarios de la ortodoxia cristiana.

Habría mil y una cosas a considerar acerca del papel de los ángeles, basándose en la Biblia y en la historia de la cristiandad. Infelizmente, todo esto es poco o nada recordado. Razón por la cual es extremadamente bello que rememoremos esas verdades y las tengamos siempre presente para el estímulo y consuelo de nuestras almas.

Modelo de santidad para el protegido

Me restaría presentar una última reflexión, la cual someto al juicio de la Iglesia por tratarse de una opción personal, que me parece conveniente y razonable.

Dios todo lo hace con peso, número y medida, de modo ordenado, y no es probable que la designación de un ángel de la guarda para que cuide de una persona se produzca de manera automática. De hecho, no es posible imaginar una especie de «parada de taxis» de espíritus angélicos en el Cielo, a la espera de que nazca un hombre y, a un gesto del Creador, el ángel A o X se dirija a la tierra y empiece a pro-

teger a aquel nuevo ser humano... Esa forma de actuar no nos suena como propia a la infinita sabiduría divina.

Soy más propenso a pensar que Dios delega a cada persona un ángel de la guarda cuya santidad tiene relación con la luz primordial² de aquella alma, de manera que el ángel es un celestial modelo de las virtudes que ella debe practicar a lo largo de su vida terrena. Si pudiéramos ver a nuestro ángel contemplaríamos probablemente la personificación de nuestra luz primordial, es decir, algo que sería en cierto modo parecido con nosotros, pero en un grado de belleza ontológica y sobrenatural inconcebible.

El «alter ego» de cada hombre

Comprendemos, entonces, la simpatía, la afinidad y el deseo de servir que tendríamos para con él y, recíprocamente, el vínculo especial de él con nosotros. O sea, el ángel custodio es un celestial *alter ego*, el otro «yo mismo» de cada protegido. Esta es una razón particular para que, antropomórficamente hablando, tengamos aún más facilidad de entender cómo nos ampara.

Imaginemos que encontráramos a alguien necesitado de ayuda, sumamente parecido con nosotros: ¿no es verdad que nos apresuraríamos en socorrerlo, impelidos por esa semejanza? Ahora bien, eso es lo que sucede entre el ángel de la guarda y cada uno de nosotros. ♦



Santo ángel de la guarda - Vitrail de la catedral de Palencia (España)

Si pudiéramos ver a nuestro ángel de la guarda contemplaríamos probablemente la personificación de nuestra luz primordial

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista «Dr. Plínio». São Paulo. Año X. N.º 115 (oct, 2007); pp. 24-29

¹ Autor de la obra *El alma de todo apostolado*, muy recomendada por el Dr. Plínio.

² Según el pensamiento del Dr. Plínio, puesto que todo hombre es creado para alabar a Dios, a cada persona Él le concede una luz primordial, es decir, una aspiración para contemplar las verdades, virtudes y perfecciones divinas de un modo propio y único, mediante el cual dará su gloria particular al Creador.

Camino hacia la victoria

Devoción llena de fuerza y sustancia, seria, de razones firmes y que eleva el pensamiento, el Santo Rosario es utilizado para atraer las bendiciones de Dios y ahuyentar al demonio.

Para que comprendamos bien el valor de la devoción al Santo Rosario, analicémoslo con mayor profundidad.

Después de ser entregado directamente por la Virgen a Santo Domingo de Guzmán, la devoción al Rosario se extendió rápidamente por toda la Iglesia, sobre pasando los límites de la Orden Dominica y convirtiéndose en el distintivo de muchas otras órdenes que empezaron a llevarlo colgado a la cintura.

Hubo un tiempo en que todo católico lo portaba habitualmente consigo, no sólo como un objeto para contar avemarías, sino como un instrumento que atraía las bendiciones de Dios. El Rosario era considerado una cadena que une al fiel con Nuestra Señora, un arma que ahuyenta al demonio.

Espléndida conjunción de la oración vocal con la mental

¿Qué viene a ser el Rosario?

En síntesis, el Rosario es una composición de meditaciones de la vida de Nuestro Señor y de su Madre, sumada a oraciones vocales. Tal conjunción —de la oración vocal con la mental— es verdaderamente espléndida, pues, mientras se pronuncia con los labios una súplica, el espíritu se concentra en un punto. Así el hombre hace en el orden sobrenatural todo cuanto puede. Porque a través de sus intenciones se une a aquello que sus labios pro-

nuncian y por su mente se entrega a aquello que su espíritu medita.

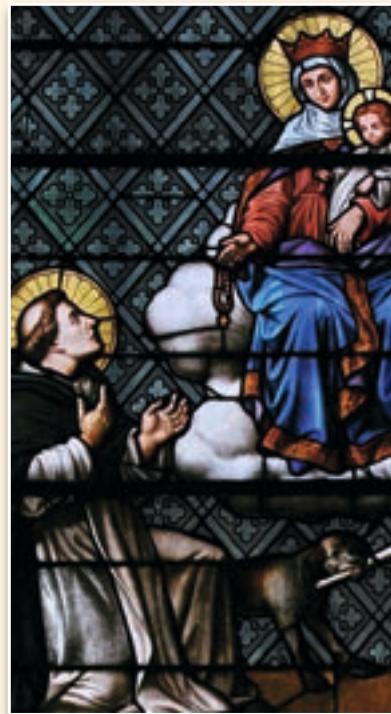
Por esa forma de oración el hombre se une íntimamente a Dios, sobre todo porque ese vínculo se da por medio de María, medianera de todas la gracias.

Alguien podría preguntar: «¿Cuál es el sentido de rezarle vocalmente a la Virgen mientras se medita en otra cosa? ¿No podría ser algo más simple? ¿No sería más fácil meditar antes y después rezar diez avemarías?».

La respuesta es muy sencilla. Cada misterio contiene, en sus pormenores, elevaciones sin fin, las cuales nuestro pobre espíritu está buscando sondar... Ahora bien, para hacerlo con toda la perfección, necesitamos ser auxiliados por la gracia de Dios y tal gracia nos es dada por el auxilio de Nuestra Señora. Es decir, se pronuncia la avemaría para pedir que la Santísima Virgen nos obtenga las gracias para meditar bien.

Obra maestra de la espiritualidad católica

En el Rosario encontramos pequeños, pero preciosos tesoros teológicos que lo convierten en una obra prima de la espiritualidad y de la doctrina católica. Esta devoción contiene enorme fuerza y sustancia; no está hecha sólo de emociones; al contrario, es seria, llena de pensamiento, con razones firmes. Constituye la vida espiritual del varón católico



Nuestra Señora entrega el Rosario a Santo Domingo - Parroquia de San Pedro Apóstol, Montreal (Canadá)

François Boulay / Gustavo Kralj

como un sólido y esplendoroso edificio de conclusiones y certezas.

Además, la meditación de cada misterio de la vida de Nuestro Señor le proporciona al fiel el recibir gracias propias al hecho que está contemplando.

Al analizar las incontables gracias que María Santísima viene distribuyendo por medio del rezo del Santo Rosario, vemos en él algo que lo hace superior a los otros actos de piedad mariana. Ahora bien, ¿cuál es la razón de ello?

Antes que nada, vale la pena destacar que Nuestra Señora, al ser excesiva Reina, tiene el derecho de establecer sus preferencias. Y Ella quiso elevar esta devoción más allá de las otras, distribuyendo gracias especialísimas a través del rezo del Santo Rosario. ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista «Dr. Plinio».

São Paulo. Año XIII.
N.º 146 (mayo, 2010); pp. 26-29.



SAN FRANCISCO DE ASÍS

La alegría de la sencillez y de la entrega total

Ejemplo vivo del genuino desprendimiento y de la más pura falta de pretensiones, San Francisco brilló por la pobreza de espíritu: tuvo el corazón libre de todo y cualquier apego, convencido de que la representación de este mundo se termina.

Bruna Almeida Piva



Fn los últimos fulgores del siglo XII, en el seno de una acomodada familia de la ciudad de Asís veía la luz un varón enviado por Dios, cuyo nombre inicialmente era Juan (cf. Jn 1, 6).

Su madre, una mujer muy piadosa llamada Pica, le había puesto ese nombre sin el conocimiento del padre, Pedro de Bernardone, pues se encontraba de viaje de negocios en Francia. Algunos autores narran que el progenitor se quedó tan contento cuando regresó de ese país y conoció a su hijo que quiso que se llamara *Francesco*, es decir, el «francesito» o «pequeño francés» en italiano.¹ Y, de hecho, así pasó a ser conocido.

Un joven de espíritu fuerte y alegre

La infancia y la juventud de Francisco transcurrieron en la más completa despreocupación. Como hijo de ricos comerciantes, siempre tuvo a su disposición mucho dinero, que gastaba casi sin pensarlo. Dotado de una

manera de ser muy liberal, disfrutaba tranquilamente de todo lo que podía en términos de buena alimentación, ropa y bienes personales.

Pronto se notó que «pertenecía a la clase de los espíritus fuertes y alegres»,² convirtiéndose rápidamente, en su constante efusividad, en líder de sus coetáneos. Pese a ser bromista, era muy amable y cortés con quien quiera que le dirigiera la palabra, nunca injuriaba a nadie ni pronunciaba vocablos torpes, incluso cuando le ofendían. Así, vivía rodeado de amigos, con los cuales se complacía en fiestas y paseos por la ciudad, al son de canciones.

Enseguida brilló también en su espíritu la virtud de la generosidad. Respondía con invariable solicitud todas las peticiones de los pobres y necesitados, llegando un día a hacer el propósito de no negar nunca un pedido que se le presentara en nombre del Señor.³ La avaricia jamás encontró morada en su corazón, quizás

como un signo de enorme predilección que la Providencia había depositado en su alma.

El comienzo de la conversión

Curiosamente, fue en el auge de esa juventud frívola cuando Dios empezó a revelarse a Francisco y a hablarle al corazón. En dos ocasiones lo visitó en sueños, los cuales, aunque no tuvieran un claro carácter místico, lo conmovieron profundamente y le hicieron reflexionar sobre la vida que llevaba.

El primer hecho manifiesto de su conversión ocurrió cierta vez en la que caminaba cantando con sus compañeros por las calles de Asís. Súbitamente, se vio arrebatado por el Señor «y su corazón se llenó de tanta dulzura que no podía hablar ni moverse, tampoco sentir ni oír otra cosa que no fuera esa dulzura, la cual lo distanciaba tanto de los sentimientos mundanos que, como él mismo diría después, incluso si hubiera sido cor-

tado en pedazos no habría podido moverse de aquel sitio»⁴.

Desde ese día en adelante algo cambió en su interior. «Comenzó a reputarse vil y a despreciar aquellas cosas que antes amaba, aunque no plenamente todavía, pues aún no estaba completamente desapegado de las vanidades de este mundo»⁵. Entonces se fue apartando poco a poco de sus antiguas preocupaciones mundanas y empezó a esforzarse por llevar una vida santa. Todos los días se recogía para rezar a solas y procuraba socorrer a los pobres con más prodigalidad y frecuencia que antes.

Sin embargo, el camino que la Providencia le había trazado no se le presentaba con entera claridad. Ansiaba la pobreza por encima de todas las cosas, pero como su corazón no encontraba eco en los ambientes que frecuentaba, se absténía de pedirle consejo a los demás al respecto, excepto a Dios.

El Altísimo eligió a Francisco para personificar la pobreza como nunca antes había sido comprendida o vivida por los hombres. Las fuentes de las cuales habría de sorber los arquetipos celestiales que estaba llamado a representar provenían —así lo expresaba él— del propio Dios.

La voluntad divina se vuelve manifiesta

Un día cuando pasaba por delante de la iglesia de San Damián, Francisco oyó una voz interior que le ordenaba que entrara a rezar. Obediente, entró en el recinto y se puso a orar ante una imagen del Crucificado, la cual, de repente, empezó a hablarle: «Francisco, ¿no ves que mi casa está en ruinas? Ve, pues, y repárala»⁶.

Al principio, el joven converso entendió al pie de la letra la petición del Redentor y, con mucha prontitud, consiguió reformar completamente aquella pequeña iglesia. No obstante, las palabras de Cristo poseían un alcance muchísimo mayor, que Francis-

co sólo logró comprender con el paso del tiempo: él debía ser un renovador de la Santa Iglesia Católica, reconduciéndola hacia el buen camino, del cual, infelizmente, se había desviado.

Dicha manifestación divina fue de gran auxilio para que el *Poverello* comprendiera su vocación. Ésta se explicitó definitivamente durante una Misa en la que escuchó de los labios del sacerdote las palabras del Señor: «No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10, 9-10). Al oír esto exclamó emocionado: «¡Esto es lo que deseo realizar de todo corazón!».

A partir de aquel momento, «supo con certeza absoluta lo que quería, no vaciló ni dudó más. [...] Rebosante de alegría, toda su alma suspiraba seguir la palabra del Señor y concretizarla»⁷.

Oposición por parte de su familia

Ahora bien, como le suele ocurrir a quienes se entregan con radicalidad al servicio de Dios, la persecución no tardó en llegar a la vida de Francisco. Habiendo resuelto abandonar casas, campos, padre, madre y hermanos por amor a Dios, recibió enseguida la recompensa prometida por el Salvador: el céntuplo, *con persecuciones* (cf. Mc 10, 29-30).

Su padre, Pedro de Bernardone, puso férrea resistencia a la decisión de su hijo de seguir a Cristo. Cierta día, no sabiendo ya qué hacer para disuadirlo de sus intentos, lo denunció al obispo con calurosas quejas. Éste, sin embargo, discreto y sabio, le aconsejó a Francisco que compareciera en su palacio y respondiera a las acusaciones de su padre. Y así lo hizo.

El día señalado se presentó ante el obispo. Tras ser confortado por las ardorosas palabras de éste, el santo joven tomó una actitud inesperada: se dirigió a una habitación próxima, se despojó de sus ropas y regresó al salón para depositarlas, junto con todo

el dinero que llevaba, a los pies de su progenitor, como signo de plena ruptura con el mundo. Pedro de Berbardone, estupefacto y echo una furia, recogió las pertenencias de su hijo «enloquecido» y se marchó sin decir nada.

Entonces el prelado, con lágrimas en los ojos, se acercó al joven y lo vistió con su propio manto, escondiendo, en los grandes dobleces de éste, su penosa desnudez; a continuación, lo estrechó fuertemente contra su corazón.⁸

Esta extraordinaria escena, juzgada según los criterios humanos, bien podría ser considerada una locura; las almas de fe, no obstante, comprenden fácilmente su belleza. En efecto, «el hombre natural no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una necesidad; no es capaz de percibirlo, porque sólo se puede juzgar con el criterio del Espíritu» (1 Cor 2, 14).

A partir de este episodio, San Francisco se desposó para siempre con la



Javier Pérez Beltrán

«Francisco, ¿no ves que mi casa está en ruinas? Ve, pues, y repárala»

Arriba, San Francisco de Asís - Convento de San Antonio, Río de Janeiro. En la página anterior, vitral de la catedral de San José (Costa Rica)

«Dama Pobreza». En adelante sería, para la cristiandad de su tiempo, «el símbolo y el recuerdo vivo de Cristo. [...] Cuando el mundo estaba en peligro de volverse gélido, llegó la hora de este santo del amor. Se merece el nombre de “transformador del mundo”»⁹.

¿Por qué «transformador del mundo»?

Para entender bien el espíritu y la obra de San Francisco es necesario considerar que la humanidad del siglo XIII estaba siendo corroída por una profunda crisis, establecida sobre todo en los estratos más altos de la sociedad, incluso en el propio clero. Había un «entusiasmo creciente por los placeres del mundo, efecto directo de las mejoras de las condiciones de existencia y del desarrollo de las relaciones entre las personas»¹⁰. Traduciéndose enseguida en las costumbres, ese afán de gozo terreno se extendió por todas las clases sociales y dio libre curso a los excesos de lujo y a la avidez del lucro; en consecuencia, los corazones se desprendieron gradualmente del amor al sacrificio y de las aspiraciones de santidad.¹¹

El gran error de la Edad Media posee una raíz metafísica: los hombres pasaron a servirse de los medios materiales solamente por los beneficios que traían en sí mismos y no ya como instrumentos para conocer, amar y glorificar a su Creador. Comenzaron a apropiarse de lo que era de Dios para su fruición personal.

En esas circunstancias históricas, San Francisco fue enviado por el Espíritu Santo para ser un ejemplo vivo de genuino desprendimiento y de la más pura falta de pretensiones. El carisma de la obra fundada por él refleja la pobreza de espíritu de la que nos habla el Evangelio (cf. Mt 5, 3): tener el corazón libre de todo y cualquier apego, usar de los bienes como si no se estuvieran usando, «porque la representación de este mundo se termina» (1 Cor 7, 31); regocijarse con las criaturas por la alegría de encontrar en ellas reflejo de las perfecciones del Creador y no por el deseo de un mezquino placer individual.

Esa es la admiración sin pretensiones que brilla de manera incomparable en el famoso *Cántico de las criaturas*, «el sermón nuevo que el santo mandó a sus discípulos que predica-

ran por el mundo entero, para conquistararlo para el amor de Dios»¹².

Los primeros seguidores y la fundación de la Orden

Una vez aclarado totalmente acerca de su misión, Francisco empezó a anunciar la verdad en el pleno ardor del espíritu de Cristo e invitó a otros a que se asociaran a él en la búsqueda de la santidad. Cuando consiguió congregar a su alrededor doce discípulos, decidió que de ahí en adelante se llamarían Frailes Menores. El grupo se reunió en torno a la iglesia de la Porciúncula, siempre vistiendo ropas viles.

Inspirado por Dios, el *Poverello* se marchó a Roma con el fin de obtener de Inocencio III la aprobación de su primera Regla, que prescribía una pobreza absoluta en imitación a la vida de Cristo y de los Apóstoles. El Santo Padre, que pocos días antes había visto en sueños a la Santa Iglesia siendo sustentada milagrosamente por un hombrecillo pequeño y de aspecto miserable, enseguida reconoció a San Francisco y le concedió no sólo la aprobación que deseaba, sino todo signo de bienquerencia y admiración.

Nuevo camino de salvación

Aprovisionados de la bendición y la protección papales, los religiosos salieron por las ciudades, en pareja, proclamando a todos aquel nuevo camino de salvación que Dios se había dignado revelar a su padre espiritual.

En sus predicaciones, San Francisco poseía «algo de insinuante que persuadía. [...] Era un moralista inexorable, que no callaba nada de lo que le pareciera errado», y por eso despertaba «en torno de sí no solamente admiración, sino también temor: tenía en sí un poco del alma terrible de San Juan Bautista». Su discurso se comparaba «a una espada que traspasaba los corazones»¹³.

Ese inmenso apostolado conquistó enseguida para el servicio de Dios a una joven noble de 17 años llamada



Una joven noble de 17 años, llamada Clara, fue arrebata por la santidad de Francisco y decidió seguirlo

San Francisco de Asís le corta el cabello a Santa Clara -
Monasterio de Santa María de La Rábida (España)

Clara, la cual, arrebatada por la santidad de Francisco, decidió seguirlo de todo corazón. Se convertía entonces en la fundadora de la rama femenina de la Orden.

En poco tiempo eran tantos los que se sentían atraídos por el carisma franciscano que Francisco se vio obligado a fundar también una Tercera Orden, a la cual vendrían a pertenecer nada más y nada menos que San Luis IX de Francia, Santa Isabel de Hungría y Santa Isabel de Portugal.

Perseguido por sus propios discípulos...

A pesar de tantas victorias, el Santo de Asís no escapó de la tragedia de los conflictos internos. Fue traicionado por uno de sus discípulos más cercanos, Elías de Cortona, que le arrancó de sus manos en el gobierno de la Orden. Ese hijo infiel arrastró tras de sí a otros e hizo de los Frailes Menores una institución vistosa ante el mundo, que pronto ocupó cátedras de universidades. Con inmenso dolor en el corazón, Francisco tuvo que renunciar a su obra más amada...

Los discípulos rebeldes contaban con el apoyo de la curia romana, que juzgaba la Regla evangélica de San Francisco demasiado dura como para ser observada por los «más débiles». El propio pontífice alegó, cierta vez, que era necesario «pensar en los que vendrían después»¹⁴.

Un hermoso día, no obstante, mientras caminaba angustiado y temeroso por el futuro de su «familia pobre», se le apareció un ángel que le

hizo esta consoladora promesa: «Yo te digo, en nombre de Dios: tu Orden nunca va a dejar de existir, hasta el último día»¹⁵.

Apartado de la dirección de su Obra, el *Poverello* decidió refugiarse en la soledad, acompañado únicamente por algunos pocos discípulos fieles. En ese período bendito fue galardonado con la mayor gracia mística de su vida: recibió del propio Redentor, en su carne, los sagrados estigmas de la Pasión.

Últimos años en esta tierra

No faltaba mucho para su marcha de este mundo. En los últimos años de vida estuvo enfermo y, debilitado por la dura ascesis y por los estigmas, mal podía andar. Cuando, a los 42 años, sintió que llegaba el fin de sus días bendijo la ciudad de Asís y pidió a sus discípulos que le cantaran alguna canción a la «Hermana Muerte». A ella se entregó, cantando, el 3 de octubre de 1226.

El mundo quedaba privado de su dulcísima presencia, pero el inestimable tesoro de sus enseñanzas, ejemplos y espíritu permaneció para siempre. Este santo legado, sin duda, trascendió las necesidades de la Edad Media y se convirtió en una lección para la humanidad entera, hasta el final de los tiempos.

En los días actuales, en que tantos hombres rechazan la fe y se hunden en los más vergonzosos pecados,

¹ Cf. A VIDA DE SÃO FRANCISCO DE ASSIS. *Nós que convivemos com ele...* Assis: Minerva, 2014, pp. 21-22.

² JOERGENSEN, Johannes. *São Francisco de Assis*. Petrópolis: Vozes, 1957, p. 111.

³ Cf. A VIDA DE SÃO FRANCISCO DE ASSIS, op. cit., p. 23.

⁴ Ídem, p. 27.

⁵ Ídem, p. 28.

⁶ NIGG, Walter. Francisco, o Irmão Menor. In: *O homem de Assis. Francisco e seu mundo*. Petrópolis: Vozes, 1975, p. 11.

⁷ Ídem, p. 14.

⁸ Cf. JOERGENSEN, op. cit., pp. 104-105.

⁹ NIGG, op. cit., p. 19.

¹⁰ CROUZET, Maurice (Dir.). *História Geral das civilizações. A Idade Média*. 2.^a ed. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1958, t. III, pp. 151-152.

¹¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.^a ed.

São Paulo: Retornarei, 2002, pp. 26-27.

¹² FÉLIX LOPES, Fernando. *Opúsculos de São Francisco de Assis*. Braga: Editorial Franciscana, 1968, p. 139.

¹³ JOERGENSEN, op. cit., p. 211.

¹⁴ Cf. NIGG, op. cit., pp. 34-35.

¹⁵ Ídem, p. 35.



Francisco Lecaros

«Tu Orden nunca va a dejar de existir, hasta el último día»

Nuestro Señor Jesucristo y San Francisco de Asís
Catedral de Palma de Mallorca (España)

Dios pregunta a las almas que aún lo aman: «¿No ves que mi casa está en ruinas?». Y las convoca a repararla.

Ante este grandioso llamamiento, ¿qué actitud tomaremos? ¿Nos levantaremos como otros «Franciscos» para defender su gloria?

Pidámosle fuerzas a la Santísima Virgen para imitar al Santo de Asís. Despojémonos de las ropas del relativismo y del pecado y lancémonos sin titubear al combate que nos es propuesto, con el corazón lleno del amor que impregnó la vida, la obra y la memoria del *Poverello*. ♦



El pintor de Venecia

Perspicaz observador de la realidad, de las perspectivas y de los tipos humanos, Canaletto supo reflejar magníficamente en sus cuadros la Venecia del siglo XVIII, ciudad vieja y cansada, pero aún encantadora.

Gabriel Borges Bonfim Silva



Giovanni Antonio Canal vio por primera vez la luz en Venecia el 18 de octubre de 1697.

De espíritu creativo, burbujeante y perspicaz —en una palabra, veneciano—, el pequeño Canal, apodado Canaletto, nacía en cuna de artista: su padre, Bernardo Canal, escenógrafo y decorador, se ganaba la vida entre los bastidores de importantes teatros europeos. Fue en el atelier paterno donde aprendió a pintar. Tan rápido se habituó a los pinceles que en poco tiempo ya lo veímos decorando, junto a su padre, teatros de Venecia y posteriormente de Roma.

La escenografía no significaba poco. Tal vez se pensaba incluso que estuviera situada más allá del arte, de tal modo encantaba y seducía a los espectadores, extasiados ante los escenarios fascinantes que parecían realidades emergidas del mundo de las fábulas.

Los conocimientos que requería tal profesión eran diversos, como el de la ingeniería, para colgar cortinas y levantar estructuras; el de la carpintería, para construir verdaderas ciudades sobre palcos inmensos;

el de la pintura, para abrir cielos en techos cerrados y simular horizontes lejanos debajo de los arcos y a través de las rendijas de las puertas. No obstante, el atributo esencial de un escenógrafo consistía, sin duda, en su genialidad, don gratuito por el cual el soñador se transforma en realizador, capaz de hacer bajar, del paraíso al mundo de los vivos, maravillas impensables.

El comienzo de su carrera

Antonio Canal pronto decidió no seguir el mismo camino que su padre. Aprovechando todo lo que había aprendido con él, prefirió lanzarse en

el mundo de la pintura, atraído por la hermosura de las ruinas romanas y, más tarde, por la grandeza graciosa de su ciudad natal.

Perspicaz observador de la realidad, de las perspectivas de los colores y de los tipos humanos, aquel joven no perdía el tiempo, seducido por cada ángulo nuevo que encontraba. Era de mediana estatura, tenía abundante cabello a la moda de la época, facciones redondeadas con algunos rasgos espigados, mirada viva, espíritu energético y emprendedor, pero gentil y delicado, como nos sugiere el grabado de su retrato, de Antonio Visentini.

Andaba por todos los lugares de Venecia contemplando las calles y travesías, ventanas, terrazas y tejados de la vieja ciudad, cansada pero aún formidable y encantadora. En el siglo XVIII el apogeo esplendoroso de la Serenísima había quedado atrás y ya no era la dominadora economía marítima la que posaba para el talento de aquel artista prometedor, lleno de esperanza en el futuro de su carrera, sino una Venecia que cuanto más daba señales de decadencia militar y económica, más

Como si no bastara su excelente genio artístico, Canaletto escogía temas que garantizaban, por sí, la originalidad de sus cuadros

multiplicaba, despreocupada, sus opulentas fiestas.

El famoso Carnaval, por ejemplo, con su bailes enmascarados y desfiles multicolor, faustuosos y heterogéneos, donde se reunían importantes patricios y simples gondoleros, era un espectáculo conocido en todo el mundo civilizado, que «durante seis meses atraía a Venecia una afluencia de extranjeros que alcanzaba el número de treinta mil personas»¹.

En esa sociedad tan sedienta de artes y, al mismo tiempo, fértil para ellas, Canaletto empezó sus composiciones. Junto con su sobrino Bernardo Bellotto,² realizó sus primeras obras. Hasta hoy no se sabe quién es el verdadero autor de algunas pinturas de esa época inicial de la carrera de Canaletto, si él o Bellotto, dado que el estilo de su sobrino se asemejaba mucho al suyo.

Las obras de Canaletto —óleos, grabados y acuarelas— comenzaron

a adquirir fama en el mundo del arte, lo que en aquella época significaba también en el mundo del comercio, y no pasó mucho tiempo para que fuera reconocido por muchos mecenas como uno de los mayores representantes del vedutismo³.

La Venecia de Canaletto

Como si no bastara su excelente genio artístico, Canaletto escogía te-

mas que garantizaban, por sí, la originalidad de sus cuadros. Mientras algunos autores presentaban una Venecia desmedidamente fabulosa, inmersa en ceremonias eternas de multitudes lujosas y alborotadas, o aliñeadas en orden de batalla a la manera de soldaditos de plomo, la mayoría de las veces Canaletto no buscaba más que la realidad de la Venecia «de todos los días»,⁴ con su sencillez, con su encanto, con los recuerdos de su grandeza impresa en cada pared, arco, columna y ventana.

Al igual que hoy hace un buen fotógrafo, él sabía ser discreto, ponerse detrás de las columnas de una galería o de la tienda de un vendedor ambulante en la plaza de San Marcos, o incluso analizar de lejos un conjunto de burgueses en animada conversación, a fin de coger a las personas en sus reacciones naturales y espontáneas. Escogía la mejor perspectiva de los ambientes, pero también analizaba a

*Su pincel fue capaz
de transmitir de
forma singular
algo de la pompa,
de la vivacidad y
de la alegría que
inundaba Venecia*



Fotos: Reproducción

Arriba, Regreso del Bucentauro el día de la Ascensión. En la página anterior, grabado de Antonio Visentini retratando al pintor

los hombres que los componían y les daban vida y movimiento.

Basta observar con atención algunos de sus lienzos para encantarse con la riqueza de detalles. En un rincón un joven burgués valora, algo intrigado, los productos a la venta dispersos sobre las baldosas de la plaza. Un poco más lejos, un grupo de nobles señores charlan y gesticulan animadamente, tal vez debatiendo sobre política y economía o sobre lluvia y buen tiempo. Más allá, un mercader ofrece sus preciosos marcos y tapicerías, apoyados en la pared de un edificio o colgadas de una estructura improvisada, a una distinguida dama con la característica falda globo.

El observador, seducido y casi forzado a caminar por el universo de detalles de la composición, por poco no comienza a oír el bullicio de la feria, las voces de los gondoleros, los teatros al aire libre y el ladrido de algún perro suelto paseando entre los vendedores ambulantes. Aún se conservan las páginas del cuaderno de Canaletto, donde podemos contemplar una colección riquísima de personalidades, recogidas al vivo, las cuales «catalogaba» para utilizarlas en sus diversos paisajes, encauzándolas donde quisiera.

Pero también es verdad que Canaletto supo pintar los días de fiesta y solemnidades, ora civiles, ora religiosas, como nadie logró hacerlo. Su pincel fue capaz de transmitir de forma singular algo de la pompa, de la vivacidad y de la alegría que inundaba Venecia en aquellos días de celebración, los cuales, por así decirlo, no eran pocos. En efecto, «la elección de un dux, la noticia de una victoria, la visita de un príncipe extranjero, todo servía de pretexto para organizar ese espectáculo cuya puesta en escena era verdaderamente maravillosa»⁵.

Una de sus composiciones más famosas representa el día solemne en el cual, en la fiesta de la Ascensión, el dux de Venecia renovaba cada año el llamado «matrimonio» de la Serenísima con el mar, por medio del desfile náutico del Bucentauro —un enorme barco, sin mástiles ni velas, todo revestido de oro— acompañado por numerosas embarcaciones de distintos tamaños y formas que el genio humano haya podido osar, sumado a una variedad humana aún más rica.

Diez años en Inglaterra

En el siglo XVIII era grande la afluencia de jóvenes de la aristocracia británica a Venecia. Estos ense-

guida se convirtieron en una clientela fecunda para Canaletto, haciendo que su fama, ya creciente en su ciudad natal, se extendiera también entre la nobleza inglesa, que pasó a adquirir sus cuadros. No podían concebir que alguien alcanzara tamaña precisión, realismo y belleza sobre el lienzo. Joseph Smith, cónsul británico amante de las artes, encargó y comercializó numerosas obras del artista, muchas de las cuales se encuentran hoy día en palacios museo de Inglaterra.

En 1746 Canaletto se muda a Londres. De su estancia en la isla que un día fue llamada «de los santos» es suficiente decir que Canaletto veía a Inglaterra con los ojos de un veneciano, imprimiendo en sus paisajes una vida y un colorido no muy comunes en aquellos parajes, siempre manteniendo, no obstante, fidelidad a la realidad.

El gran acontecimiento de la época en Londres le sirvió, más de una vez, de tema a su pincel: la construcción del puente de Westminster, el segundo edificado sobre el célebre río Támesis. En la obra *Londres visto a través de un arco del puente de Westminster*, el buen observador podrá contemplar, no sin cierta curiosidad, un detalle: en primer pla-



*Véía a Inglaterra
con los ojos de
un veneciano,
imprimiendo en
sus paisajes una
vida y un colorido
no muy comunes*

El antiguo edificio de los guardias a caballo y la sala de banquetes de Whitehall, vistos desde el parque de San Jaime

no, un cubo que cuelga de una cuerda. Jamás pasaría por la cabeza de un inglés añadir en un cuadro algo tan inesperado, pero para quien conocía el modo de ser del italiano eso no representaba ninguna sorpresa: él siempre estaba buscando accidentes pintorescos.

Al hospedarse de casa en casa, no le faltaron admiradores ni mecenas durante todo su viaje. Invitado por algunos nobles a regiones campesinas, lejos de la capital, pudo descubrir temas más adecuados a su luminoso y movido estilo, que tal vez no se haya acomodado bien a la niebla pálida, densa y estática de Londres.

Regreso a Venecia y consumación de su obra

Tras diez años de estancia en Inglaterra, Canaletto regresa a su tierra natal, en torno a 1755. En Venecia continúa encontrando clientes entusiásticos, pero ahora en menor número. Así pasó el resto de su vida, prestando servicios aquí y allá, para este burgués o para aquel otro noble, co-

En sus últimas palabras para la Historia encontramos el perfume propio a su genio y buen humor

sechando elogios y críticas, siempre recibidas con altanería.

Todavía pintaría muchas otras obras hasta que, acercándose el fin de su carrera, fue aceptado en la Academia Veneziana di Pittura e Scultura, no sin dificultad y mérito. Su elección, en septiembre de 1763,⁶ pasó por calurosos escrutinios y fue muy discutida, ya que el vedutismo era considerado un arte de menor valor por atenerse demasiado a la realidad.

Su cuadro de recepción fue aprobado por las autoridades del mundo de la pintura. Era un *capriccio*, estilo de pintura cuyo tema procura mezclar realidad y ficción, diferente de las *vedute*, con las cuales estaba más acostumbrado. El cuadro tuvo un enorme éxito y fue expuesto en la plaza de San Marcos en 1777, en honor a su autor.⁷

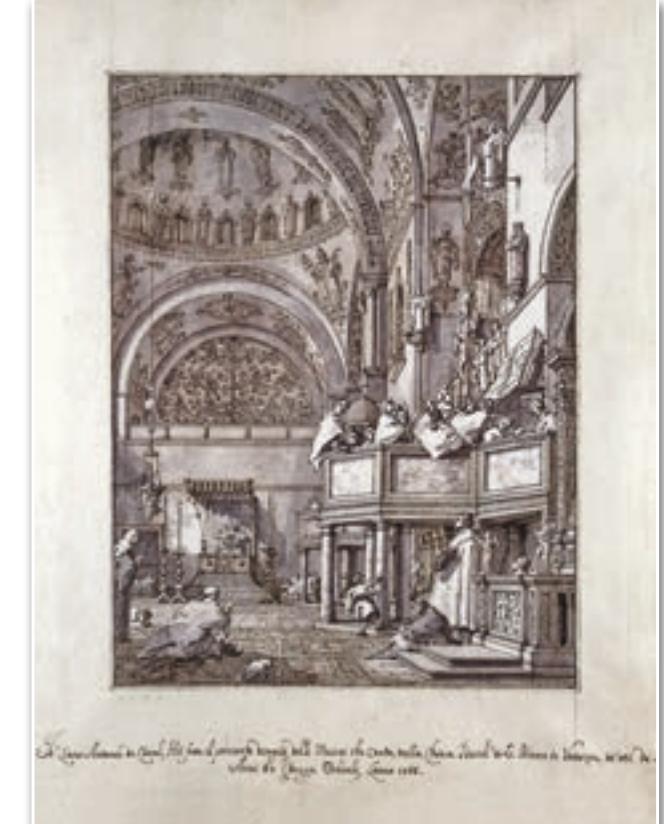
La última obra que llegó hasta nosotros data de 1766. Representa un grupo de cantores en el interior de la basílica de San Marcos e impresiona por la belleza y precisión de las líneas. En la parte inferior se puede leer su firma y la siguiente observación: «Hice el presente dibujo [...] a

¹ MOUREAU, Adrien. *Les artistes célèbres. Antonio Canal, dit le Canaletto*. Paris: Librairie de L'Art, 1894, p. 10.

² Bernardo Bellotto (1721-1780) sería invitado más tarde por la emperatriz María Teresa a ir a Austria y por el emperador Estanislao Poniatowski, a Polonia. Sus cuadros, todavía

más que los de su tío, se caracterizan por la precisión arquitectónica y geométrica, hasta el punto de que, después de la Segunda Guerra Mundial, la ciudad de Varsovia pudo ser reconstruida gracias a los lienzos del pintor.

³ Nombre por el cual fue conocido, en el siglo XVIII, el género



Crucero y el transepto norte de la basílica de San Marcos con músicos cantando, último dibujo y últimas palabras que se conservan de Canaletto

la edad de 68 años, sin la ayuda de las lentes, en el año de 1766»⁸. Éstas fueron sus últimas palabras para la Historia, en las cuales encontramos el perfume propio a su genio y buen humor. No se conocen más datos sobre el final de su vida, salvo que entregó su alma a Dios el 19 de abril de 1768 y fue enterrado en la iglesia de San Lio, de Venecia, estando su nombre unido para siempre al de esta encantadora ciudad. ♦

artístico también llamado paisajismo, pero más centrado en temas urbanos. Del italiano *veduta* —en plural *vedutte*—, significa vista, aquello que se ve.

⁴ PEMBERTON-PIGOTT, Viola. The Development of Canaletto's Painting Technique. In: BAETJER, Katharine; LINKS, J. G. (Org.). *Ca-*

naletto. New York: The Metropolitan Museum of Art, 1989, p. 60.

⁵ MOUREAU, op. cit., p. 50.

⁶ Cf. BAETJER; LINKS, op. cit., p. 267.

⁷ Cf. Ídem, p. 276.

⁸ Ídem, p. 358.

Serenidad ante las peores tragedias

En medio de los dramas y dificultades de la vida en esta tierra, cada vez son más las personas que han recurrido a la generosa intervención de Dña. Lucilia. Y nos escriben para contarnos su confortadora acción.



Elizabeth Fátima Talarico Astorino

Atraídos por la serenidad que tanto caracterizaba la inocente alma de Dña. Lucilia, son muchos los que nos escriben contándonos las gracias obtenidas por mediación suya, destacando la infalible y habilidosa protección de esta señora en situaciones que parecían irremediables.

Además del éxito venciendo dificultades, el factor común de todos los beneficios atribuidos a su intercesión es la paz con la que los distintos caos han sido resueltos; una paz, por cierto, que los favorecidos conservan después de recurrir a ella.



Fotos: Reproducción

Una grave infección

El 19 de marzo de 2019, tras permanecer unas horas en observación en un hospital por un problema cardíaco, Teresa Sánchez se encontraba ya de vuelta en su casa; pero al intervenir en una habitual pelea entre sus perros, uno de ellos le mordió el dedo índice de su mano derecha y de nuevo necesitó asistencia médica ese mismo día...

Este hecho fue el episodio inicial de una etapa de sufrimientos que culminó en lo que ella denominaría el «acontecimiento que marcó mi vida», refiriéndose al descubrimien-

to de una poderosa arma en las aflicciones: la maternal intercesión de Dña. Lucilia.

En el hospital le recomendaron que se pusiera la vacuna antirrábica y tomara analgésicos que le aliviaran el dolor. Aunque, infelizmente, esa y posteriores prescripciones médicas no solucionaron su problema. En tan sólo veintisiete días se vio obligada a buscar atención de urgencia cinco veces y la vieron distintos especialistas.

Conforme pasaba el tiempo el dolor se volvía más insopportable y el aspecto de su dedo, más preocupante. Tomó tres tipos diferentes de antibióticos, pero ninguno impidió que la purulenta infección empeorara. Tras una resonancia magnética le diagnosticaron osteomielitis en grado avanzado: tenía que ser operada, corriendo el riesgo de que le amputaran el dedo.

Eficaz y luciliano remedio

Hallándose en esa angustiante situación Teresa recibió, un mes después del incidente, una inspiración que parecía que solventaría su problema, el cual no había sido resuelto hasta entonces por ningún médico:

«El Viernes Santo fui a la basílica de Nuestra Señora del Rosario para

«Puse los pétalos en agua templada y sumergí mi dedo. Aún sentía mucho dolor, pero tenía mucha confianza»

Cuadro de Dña. Lucilia perteneciente a Teresa Sánchez y caja con pétalos usados para la infusión

hacer vigilia ante el monumento del Santísimo Sacramento. Tenía mucho dolor, sentía cómo latía mi dedo. La persona que estaba de guardia percibió que algo me estaba pasando y me preguntó si me encontraba bien. Al explicarle lo que me ocurría me sugirió que usara agua bendita y, en ese instante, me accordé de los pétalos de rosa de Dña. Lucilia».

Tan pronto como consiguió algunos pétalos de rosa que adornaban la tumba de Dña. Lucilia, Teresa empezó un nuevo «tratamiento»: «Puse los pétalos en agua templada y sumergí mi dedo. Aún sentía mucho dolor, pero tenía mucha confianza».

El segundo día experimentó cierto cambio en el cuadro: «Continué remojando el dedo en agua templada con los pétalos de Dña. Lucilia y por la noche me encontraba bastante mejor, casi no sentía dolor».

«Con la certeza del milagro, recibí el alta»

No obstante, lo más impresionante fue que en el aniversario del natalicio de Dña. Lucilia, el 22 de abril, Teresa tuvo una súbita recuperación, lo cual le hizo ver que detrás de la solución estaba esa bondadosa señora: «Milagrosamente ese día mi dedo se había deshinchado y ya no había secreción».

En una nueva consulta recibió la buena noticia: «El médico me explicó que mi caso había sido muy serio, pero observó que mi dedo estaba en fase de recuperación y que ni siquiera había segregación para enviarla a análisis. Sólo me indicó que fuera a un infectólogo para que me recetara los antibióticos adecuados, con el objeto de evitar que reincidiera la infección. En esa misma fecha fui a la consulta del especialista, quien me confirmó que el dedo estaba en esa fase de recuperación. Con la certeza del milagro realizado por Dña. Lucilia, seguí las orientaciones del médico y recibí el alta del tratamiento».



Teresa junto a los dos sacerdotes heraldos a los que les narró el milagro

«El 22 de abril, aniversario del natalicio de Dña. Lucilia, mi dedo se había deshinchado y ya no había secreción»

Bajo la protección de un chal maternal

Doña Lucilia no se limita a cubrir con su maternal y protector chal únicamente a la nación brasileña, sino que lo extiende también más allá de las fronteras de nuestro país, envolviendo todos los corazones que la buscan con confianza.

Segura de esto, Clara de García, de Guatemala, no dudó en pedirle ayuda durante un drama por el cual estaba pasando:

«En mayo del 2012 me enfermé de una infección muy fuerte, con repentina pérdida de peso y ascitis (acumu-

lación de líquido seroso en la cavidad abdominal). Perdí unos doce kilos en cuestión de un mes. Estaba muy delicada de salud; no tenía ni fuerzas para llevar a cabo mis actividades diarias, después de que había sido una persona muy activa y, sobre todo, muy sana durante toda mi vida. A pesar de mi debilidad, notaba que debía ponerme en manos de Dña. Lucilia para soportar los dolores y sufrimientos que estaba sintiendo».

Iniciaba un período de una gran prueba, pues luego de varios exámenes le diagnosticaron hepatitis C, fruto de una transfusión de sangre que se había hecho cuarenta años antes.

Una vez que los médicos no le dieron ninguna esperanza, pensaba que ya se encontraba en sus últimos meses de vida. No le quedaba más que refugiarse bajo el amparo de la bondadosa señora que ya le había ayudado en otras ocasiones:

«Me encomendé mucho a Dña. Lucilia todos los días, ofreciendo mis rosarios, oraciones y sobre todo mi sufrimiento, para que encontraran alguna cura a la terrible enfermedad que tenía».

Paz y serenidad en medio del drama

En medio de esos padecimientos pudo percibir que su súplica estaba siendo de cierta forma atendida: «A pesar de mi debilidad, tuve mucha paz y serenidad, lo que sin ninguna duda atribuyo a una acción de Dña. Lucilia; esta paz se extendió a toda la familia, y puedo afirmar que en ese tipo de situación mi familia no reaccionaría así».

Con el objeto de informarse mejor acerca de su enfermedad y hallar posibles tratamientos, viajó hasta Houston (EE. UU.), donde además recibió el siguiente juicio diagnóstico: «Sufría cirrosis en fase terminal y, dado que arrastraba esa enfermedad dormida

durante cuarenta años, lo más seguro era que tuviera cáncer en el hígado y pocos meses de vida. Por otro lado, no podían comenzar ningún tratamiento a causa de la debilidad que tenía. En conclusión, era evidente que moriría en poco tiempo».

Pese a la trágica noticia, pudo comprobar una vez más cómo ella y sus familiares estaban siendo amparados por una gracia sobrenatural:

«Mis hijos y mi esposo aceptaban totalmente la voluntad de Dios y en la familia se respiraba un aire de calma; nunca desesperamos, no hubo discusiones, a pesar de la incertidumbre y gravedad del caso; contaba con el apoyo de mis yernos y nuera. Además, el deseo de pedir la intercesión de Dña. Lucilia era unánime».

Una infusión revitalizante

Ante este cuadro, Clara recibiría un valioso consejo:

«Alguien me sugirió que hiciera una infusión de hierbas con pétalos de las rosas que adornan la tumba de Dña. Lucilia y que la bebiera con mucha fe y confianza, pidiéndole a ella que intercediera por el restablecimiento de mi salud si fuera la voluntad de Dios».

Y, para sorpresa suya, fue poco a poco recuperándose: «A finales de año me sentía mejor y había ganado peso. El doctor que me veía periódicamente, al percibir una mejoría tan abrupta, me dijo, mirando la medalla de Nuestra Señora [que llevaba en mi pecho]: “Continúe haciendo lo que está haciendo, porque está funcionando”. Lo que yo estaba haciendo era tomar esa infusión; y Dña. Lucilia me hacía el milagro».

Después de un largo período tomando tan benéfico remedio, Clara se encontraba lo suficientemente fortalecida como para empezar un tratamiento médico que la curara. Sin embargo, «el procedimiento,

que debería durar tan sólo de cuatro a seis semanas, se prolongó seis meses, debido al mal estado del hígado; y, a pesar de lo potente del medicamento, no lograron eliminar la hepatitis. Sentí que había recibido ayuda del Cielo, pero tenía que seguir pidiendo...».

«Vimos a Dios actuando a través de ella»

Más tarde consiguió iniciar un nuevo tratamiento, recién autorizado por la Administración de Alimentos y Medicamentos estadounidense (FDA, por sus siglas en inglés). No obstante, durante dicho tratamiento le encontraron un tumor canceroso en el hígado imposible de eliminar debido al lugar donde se hallaba.

Ante esa situación, Clara decidió viajar a Brasil para visitar la tumba de su celestial bienhechora: «Allí, entre otras cosas le dije: “¡Doña Lucilia, vea usted qué hace con mi tumor; yo no lo quiero!”, si bien que estaba resignada a hacer la voluntad de Dios».

Al regresar a Houston, se constató que el tratamiento para la hepatitis C había sido eficaz y que ya no la padecía. Pero la cirrosis seguía avanzando... La única forma de eliminarla era mediante un trasplante; sin

«Tuve mucha paz y serenidad. Esta paz se extendió a toda la familia, y puedo afirmar que en ese tipo de situación mi familia no reaccionaría así»

Fotos: Reproducción



Clara de García recibió el diagnóstico de que tenía cirrosis en fase terminal, cáncer en el hígado y que no podía comenzar ningún tratamiento, a causa de la debilidad que sufría

embargo, le encontraron otro tumor canceroso en su hígado.

Podría parecer que todo estaba perdido, pero Dios estaba escribiendo derecho sobre líneas... irectas! Sí, porque «aunque eso fuera más grave, era también una ayuda celestial, pues, al ser dos tumores, subía en la escala de prioridad» de la lista de espera para trasplantes, afirma Clara. Y concluye agradecida: «Tenía las condiciones perfectas para ser candidata al trasplante. Una vez más vimos la mano de Dios actuando a través de Dña. Lucilia».

Maternal y dulce consuelo

En medio de esa lucha, una de sus hijas que estaba en Brasil se dirigió a la tumba de Dña. Lucilia para pedirle una vez más por su madre rogándole: «Doña Lucilia, sólo le pido un hígado nuevo para mi mamá. En este momento no puedo ofrecerle más que una avemaría, pero yo sé que basta con una avemaría para que usted me atienda». Tres días después llegó la noticia de que ya tenían un donante.

«El trasplante finalmente se realizó y, aunque en los meses siguien-



Clara con sus hijas,
en convalecencia

*«Tenía las
condiciones perfectas
para el trasplante.
Una vez más vimos
la mano de Dios
actuando a través
de Dña. Lucilia»*

tes la situación aún tuvo idas y venidas, para diciembre de 2017 ya estaba curada y sorprendentemente recuperada. Esto impresionó a los médicos y a muchas personas más; varias veces estuve al borde de la muerte y los médicos no tenían esperanza de que pudiera mejorar. Ahora, con mis 74 años, siento tanta o más energía que antes de que todo esto sucediera.

«Estoy infinitamente agradecida con Dña. Lucilia por este gran milagro y tener el honor de participar mi testimonio de una lucha de casi seis años, donde, a pesar de las pruebas, los sufrimientos y sacrificios por los que tuve que pasar, sentí su maternal y dulce consuelo acompañándome».

* * *

Ora mimando, ora dando fuerzas para luchar un poco más, ora llenando de esperanza, de las más variadas maneras esta extremosa dama ha orientado con su maternal «jeitinho» a quienes invocan su intercesión durante las peores tragedias, enfermedades y contradicciones. ♦



Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira,
escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44
o a través de correo@salvadmereina.org



Fotos: Reproducción

Romería espiritual a Aparecida

Ninguna enfermedad, ningún obstáculo terrenal puede enfriar el amor que el pueblo brasileño tiene por su patrona. Y, a pesar de que las reglas impuestas por la pandemia han imposibilitado llevar a cabo la tradicional peregrinación de miles de miembros del Apostolado del Oratorio al Santuario Nacional de Aparecida, nada pudo impedir que se unieran a la romería realizada espiritualmente el 8 de agosto o participar en ella activamente con comentarios, pedidos e intenciones formulados vía internet.

La Misa fue presidida por Su Excia. Revma. Mons. Benito Beni dos Santos, auxiliado por dos diáconos heraldos, y teniendo como concelebrantes a sacerdotes de la institución. Fue retransmitida en directo por Radio Aparecida. Grupos de heraldos de las ramas masculina y femenina, así como un pequeño conjunto de miembros del Apostolado del Oratorio, participaron presencialmente en la celebración en representación de todos los que, en espíritu y oración, también se encontraban allí. ♦



Rodrigo Siqueira

Brasil, Pernambuco – Cestas básicas fueron distribuidas por los Heraldos del Evangelio de Recife en Vitória de Santo Antão, entre otros lugares.



Víctor Serrano

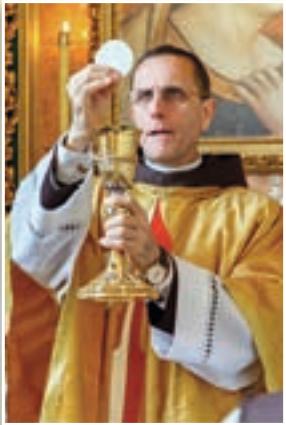
Costa Rica – Misioneros heraldos auxiliaron al P. Alexander Quesada a recoger donaciones para los más necesitados del barrio de San Jerónimo, de Moravia.



Sérgio Miyazaki



João Paulo Rodrigues



Leandro Souza

Brasil, São Paulo – Formado por Mons. João S. Clá Días desde su juventud, el P. Walmir Bortoletto enfrentó con la fuerza de los héroes una larga y penosa enfermedad y el 7 de septiembre entregó su alma a Dios. En las fotos: saludando al fundador el día de su ordenación sacerdotal, el cuerpo antes del entierro y celebrando Misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario.



Foto: Agostino Mapanga

Mozambique – Tras casi cinco meses de cuarentena fue posible retomar las Misas con el pueblo, tanto en la casa de los Heraldos de Matola (foto de la derecha), como en la comunidad de San Vicente de Paúl, de Matola-Gare, confiada al cuidado pastoral de la institución (a la izquierda y en el centro).



Foto: Eric Salas

España – En Madrid, la devoción de los Primeros Sábados continúa siendo realizada mensualmente en la Real Colegiata de San Isidro, con Misa, coronación de la imagen de Fátima y Rosario meditado. En las fotos: cortejo de entrada de las ceremonias de septiembre y de agosto.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

La Congragación para el Culto Divino defiende el regreso de las Misas presenciales

En reciente misiva enviada a los presidentes de las Conferencias Episcopales del mundo entero, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos exhorta al regreso de las celebraciones presenciales de la Santa Misa, interrumpidas durante la pandemia del Covid-19.

En el documento, el cardenal Robert Sarah, prefecto de dicha congregación, afirma que «es necesario y urgente volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la Iglesia, y la celebración de la liturgia, particularmente de la Eucaristía, como la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda la fuerza».

Para ello, confía en «la acción prudente pero firme de los obispos» para que se garantice el derecho de los fieles a participar en la celebración de la Eucaristía. Además, se espera que el Santo Sacrificio del Altar no siga reducido por parte de las autoridades a la categoría de «reunión», como lo son las formas de agregación recreativa.

El mensaje cuestiona también algunas indicaciones sanitarias que impiden la posibilidad de recibir la comunión en la boca. Es importante, dice el cardenal, que «se reconozca a los fieles el derecho a recibir el Cuerpo de Cristo y de adorar al Señor presente en la Eucaristía en los modos previstos, sin limitaciones que vayan

más allá de lo previsto por las normas higiénicas emanadas por parte de las autoridades públicas o de los obispos».

Decapitan a una imagen de la Virgen

El 30 de agosto la iglesia maronita de Nuestra Señora del Líbano, de Toronto (Canadá), notificó a través de una entrada en su página de Facebook que la estatua de Nuestra Señora de las Gracias que se encuentra delante de la fachada principal del templo fue encontrada decapitada. Aunque buscaron intensivamente en los alrededores, la cabeza de la imagen no fue hallada.

En ese mismo mensaje los representantes de la parroquia lamentan lo ocurrido y narran que esto conmovió bastante a los fieles. Afirman también que la Policía ya está investigando el caso y que serán examinadas las grabaciones de las cámaras de seguridad con el fin de identificar a los posibles agresores.



Archidiócesis de Valencia

Vandalizan la ermita del Santísimo Cristo de Planes

En la primera quincena de agosto, la ermita del Santísimo Cristo de Planes, Alicante (España), fue profanada por unos desconocidos. Los vándalos robaron diversos objetos, algunos de ellos sagrados: un cáliz y una patena, las coronas de metal del Santísimo Cristo y de la Virgen Dolorosa y un puñal que portaba la Virgen.

Según informan desde la archidiócesis de Valencia, además del

robo los ladrones destruyeron un altar dedicado a San José, cuya imagen fue dejada sobre una silla. «Lo peor ha sido el destrozo que han hecho, más que el valor económico de lo robado», dice el P. Juan Crespo, administrador de la parroquia. «Es un hecho muy lamentable porque la ermita es la misma historia y el corazón de Planes, aquí se lleva muy dentro la devoción al Santísimo Cristo y todo lo que ello significa y la indignación, lógicamente, es muy grande».

Es la tercera profanación que sufre la ermita en los últimos treinta años.

Profanan el Santísimo Sacramento

El pasado 8 de septiembre unos ladrones robaron el sagrario de la catedral de Santa Catalina de Alejandría, localizada en la ciudad canadiense de St. Catharines.

Un grupo de fieles decidió, por iniciativa propia, realizar una batida para encontrarlo. Al día siguiente lo graron recuperarlo: lo hallaron parcialmente sumergido en un canal, con las puertas arrancadas. Sin embargo, no había señales del copón ni tampocon del Santísimo Sacramento. «Confiamos que las hostias consagradas se hayan disuelto naturalmente en el agua», decía Margaret Jong, vicecanciller de la diócesis de St. Catharines en la región de Niágara-Ontario.

Las cámaras de vigilancia muestran a dos personas, al parecer un hombre y una mujer, invadiendo la iglesia alrededor de las 4:30 a. m. del día 8. En una entrevista de radio realizada ese mismo día el obispo de la ciudad, Mons. Gerald Bergie, les pidió a los ladrones que no le hicieran daño al Santísimo Sacramento e imploró que fuera restituido a la catedral.

Inauguran un monumento a la Santa Cruz en Alagoas

El 24 de agosto fue inaugurado un gigantesco crucifijo construido en la ciudad de Taquarna, en el estado bra-

Un huracán destruye una iglesia, pero sus imágenes permanecen intactas

En Ibicaré (Brasil), una iglesia fue parcialmente destruida por el huracán que asoló la región el 14 de agosto. El techo del templo se derrumbó completamente, pero a pesar de eso todas las imágenes que allí estaban permanecieron intactas. Entre ellas, una de Nuestra Señora Aparecida y otra de San José con el Niño Jesús en brazos.



Fotos: Reproducción

sileño de Alagoas. El monumento es un homenaje a la Santa Cruz, a quien los habitantes del lugar tienen por patrona.

Con diecisiete metros de altura, fue erigido en la plaza Alto da Santa Cruz, próxima a una de las entradas de la ciudad. El santuario de la Santa Cruz publicó en su perfil de Instagram un mensaje afirmando que el monumento es «un gran regalo, teniendo en vista que en 2021 la iglesia

celebrará 200 años de la construcción de la capilla, la cual pasó a ser la parroquia de hoy y considerada un santuario, donde recibe a personas de todo Brasil y posee una de las mayores fiestas de Alagoas».

También la diócesis de Penedo, en la cual está incluida la ciudad de Taquarana, se manifestó al respecto recordando las palabras de un escritor local: «A lo largo de los doscientos años de historia del Madero de

Cristo en tierras taquaranenses muchas familias fueron educadas a que comprendiera que la cruz simboliza las dos direcciones que se cruzan del mandamiento del amor: el amor de Dios en dirección vertical y el amor al prójimo en dirección horizontal. La cruz nos acompaña desde la más tierna edad como fuerte recuerdo de la mayor prueba de amor de Dios por nosotros: la entrega de su Hijo único por la vida del mundo».

GAUDIUMPRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese

gratuitamente en

es.gaudiumpress.org



- 30 días con el Papa
- Mundo
- América Latina
- Roma
- Espiritualidad

La recompensa de un humilde fracaso

Ante la reina, Tobías llenó bien los pulmones, abrió la boca y empezó a cantar... Pero ise equivocó en todas las músicas! Desconsolado, se puso a llorar en los brazos de su madre.



Lorena Mello da Veiga Lima

Fn un lejano reino había una región serrana bellísima, con altas montañas y profundos valles. Su clima ameno invitaba a sus habitantes a asumir un estado de alma sereno y lleno de suavidad; y el burbujeo de sus arroyos parecía cantar la inocencia de aquella gente sencilla, pero muy piadosa.

En esa región vivía una mujer a quien, por su virtud, todos la consideraban una gran santa. Poseía un corazón generoso; y su mayor deseo era tener hijos sobre los cuales pudiera volcar su bondad y misericordia. Tras esperar mucho, finalmente, la Providencia atendió su petición. Sin embargo, en ese regalo recibido del Cielo se encontraba también una enorme prueba: el hijo que tanto anhelaba había nacido ciego.

El niño, bautizado con el nombre de Tobías, enseguida aprendió a resignarse con las privaciones que la ceguera conlleva y a ofrecer en sacrificio cualquier dificultad. Se acos-

tumbró igualmente a confiar en el amparo materno, así como el hijo de Tobit confió, durante su largo viaje, en la protección del arcángel San Rafael (cf. Tob 5, 4-22).

Con especial esmero, su progenitora procuraba entretenarlo y ocuparlo en todo momento. Así, mientras preparaba la comida cantaba hermosas melodías que Tobías, que tenía verdadero encanto por la música, escuchaba con mucha atención y embelesamiento. Bastaba escuchar el tarareo de su madre para que se acercara a ella y le dijera:

—¡Qué bonito, mamá! Quiero cantar como tú.

Y ella con mucha bondad le contestó:

—Vale, hijo mío. Quédate entonces aquí que voy a enseñarte algunas canciones.

Como Tobías no podía leer, su madre le repetía pacientemente las notas, explicándole poco a poco cada parte de la música, y pronunciaba despacio cada palabra hasta que el niño consiguiera aprenderse la letra.

Esto pasó a ser el pasatiempo preferido del pequeño.

Pero Tobías no se contentaba con cantar solo. Cuando estaba con otros niños trataba de enseñarles las canciones que había aprendido, alegran-do también el corazón de sus com-pañeros con bellas melodías.

Su madre se llenaba de contento al ver cuánto la amaba su hijo. Se daba cuenta de que si no fuera por su maternal desvelo y protección él jamás podría cantar de esa manera, porque has-ta en las cosas más co-rrientes era incapaz de valerse por sí mismo.

Una vez, sabiendo que la reina haría una visita a la ciudad vecina, decidió unirse a una ca-

**En ese regalo
recibido del Cielo
se encontraba
también una enorme
prueba...**



ravana de nobles y aldeanos que deseaban conocer a su soberana y entregarle algunos regalos.

—Pero... ¿qué le ofreceré en nombre de nuestra familia? —pensaba.

Deseaba poder honrarla con lo que hubiera de más valioso en el mundo. Así pues, de entre todo lo que poseía, ¿qué le podía entregar? ¿Qué le produciría más alegría al corazón de tan amable señora? Mientras se encontraba absorta en tales pensamientos, oyó una cancioncilla que venía del jardín...

Entonces llamó al pequeño Tobías y le dijo:

—Hijito mío, ¿qué te parece si le cantas algunas canciones a la reina?

—¡Pero mamá, yo! ¡No soy capaz! —respondió el niño, muy aprensivo.

—Mi bien, quédate tranquilo. Yo te ayudaré y saldrás airoso.

Tales palabras calmaron los ánimos del pequeño, que aceptó serenamente la invitación materna.

Después de varios días de intensos ensayos y preparativos llegó el momento tan esperado.

La reina se encontraba sentada en un hermoso trono, dispuesta a atender a todos los que desearan tener contacto con ella. Admirable era su majestad, ipero más aún su benevolencia! Parecía que cada uno, desde el más distinguido marqués hasta el más sencillo campesino allí presentes, constituía para ella un hijo único.

Estando delante de ella, Tobías se acercó e hizo una profunda y maravillada reverencia. En seguida, su madre le dirigió las siguientes palabras a la soberana:

—Dignísima reina nuestra, es mi deseo daros lo mejor que poseo. Por



Mientras Tobías cantaba, la reina demostraba una profunda emoción

eso le enseñé a mi hijo Tobías algunas canciones que pudieran gustarle. Aunque es ciego de nacimiento, se ha esmerado en aprenderlas con el fin de llegar hasta vos y demostraros amor y gratitud.

Sonriendo, Su Majestad asintió con la cabeza. A continuación, la bondadosa mujer, para animar y tranquilizar a su hijo, le dijo:

—Vamos, hijito: uno, dos, tres...

El pequeño Tobías, llenando bien los pulmones, empezó a cantar...

Le parecía que el corazón se le subía a la garganta de tan nervioso como estaba. Pronto empezó a tartamudear y a desafinar, olvidándose no sólo de la letra, sino también de la melodía. A pesar de eso, no desistió e intentó remediar sus errores, pero la situación no hizo más que empeorar... Su presentación había fracasado.

Después de unas cuatro canciones torpemente entonadas, Tobías no sabía ya qué hacer. Imaginando que había estropeado tan anhelado encuen-

tro con su forma de cantar, se echó en el regazo de su madre, llorando copiosamente y pidiéndole perdón.

Sin embargo, no había percibido que, mientras cantaba —o mejor, lo intentaba— la reina demostraba estar profundamente emocionada, manifestando una sonrisa llena de ternura y compasión. Tras haberse refugiado, avergonzado, en los brazos de su madre, el niño oyó una dulce voz que lo llamaba:

—Tobías, no tengas miedo, ven aquí. Estoy muy satisfecha con tu canto.

Enterneida por la frágil e inocente alma del pequeño ciego que tenía ante sí, la reina lo cubrió de toda clase de afecto y cariño, rodeándolo maternalmente entre sus brazos.

Mientras Tobías se sentía abrazado por la soberana, se dio cuenta de que algo había cambiado en él. Por una inspiración, levantó los ojos, deseoso de mirar el rostro de la reina. Y he aquí que en ese instante —oh maravilla— empezó a ver! Le quedó grabado para siempre la primera imagen que su vista contempló: la mirada amorosa de su señora.

* * *

He ahí una lección para cada uno de nosotros: no debemos desanimarnos con nuestra faltas y defectos. ¿Quién no carga en el alma una ceguera que ha de ser curada por la Virgen? Nuestras debilidades no la repelen, nuestros errores no la espantan, sino que conmueven su corazón materno y atraen sobre nosotros su mirada llena de ternura y compasión.

Nunca nos apartemos de Ella, pues al estrecharnos en sus brazos virginales, puede curarnos de todos los males. ♦

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Santa Teresa del Niño

Jesús, virgen y doctora de la Iglesia (†1897 Lisieux - Francia).

San Romano, diácono (c. 555/565). Por su sublime pericia artística en componer himnos en alabanza a Dios y los santos recibió el apodo de «el Melodioso». Murió en Constantinopla, actual Estambul, Turquía.

2. Santos Ángeles Custodios.

Santa Juana Emilia Villeneuve, virgen (†1854). Fundó en Castres, Francia, la Congregación de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, conocida como «hermanas azules», por el color de su hábito.

3. San Francisco de Borja, presbítero (†1572 Roma).

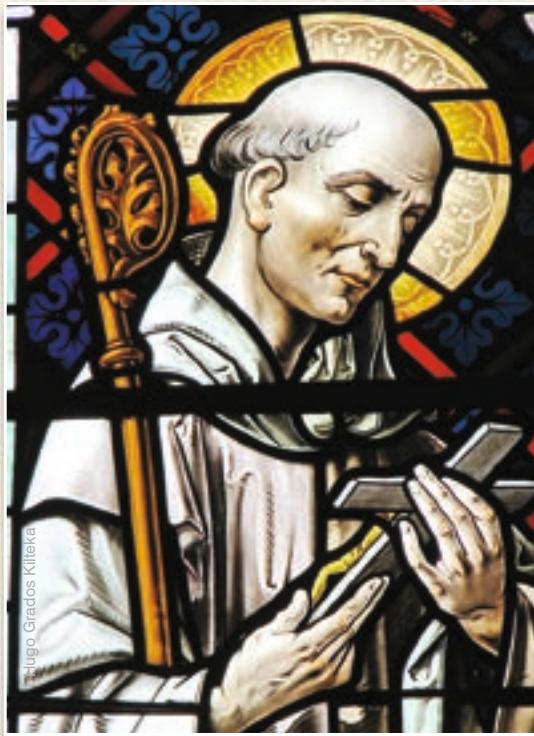
San Dionisio Areopagita, convertido a Cristo al oír al apóstol San Pablo en el Areópago de Atenas, fue el primer obispo de esta ciudad.

4. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Francisco de Asís, religioso (†1226 Asís - Italia).

Beato José Canet Giner, presbítero y mártir (†1936). Joven párroco de la archidiócesis de Valencia fusilado cuando tenía tan sólo 33 años cerca de Gandía, España.

5. Santa María Faustina Kowalska, virgen (†1938). Religiosa de las Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia, solicita en anunciar el misterio de la divina misericordia.



San Bruno - Parroquia de San Juan Bautista, Arucas (España)

6. San Bruno, presbítero y eremita (†1101 Serra San Bruno - Italia).

Beatos Juan Hashimoto Tah-yoe, su esposa, **Tecla** y **compañeros**, mártires (†1619). Matrimonio cruelmente martirizado en Kioto, Japón, junto con sus cinco hijos y cuarenta y cuatro cristianos más.

7. Nuestra Señora del Rosario.

San Paladio, obispo (c. 596). Erigió una basílica sobre la tumba de San Eutropio y fomentó el culto de los santos en la diócesis de Saintes, Francia.

8. Santa Pelagia, virgen y mártir (c. 302). Joven cristiana martirizada a los 15 años. San Juan Crisóstomo la exalta con grandes alabanzas.

9. San Dionisio, obispo, y compañeros, mártires (†s. III París).

San Juan Leonardi, presbítero (†1609 Roma).

San Abrahán, patriarca. Atendiendo al llamamiento del Señor, abandonó la ciudad de Ur de los caldeos y marchó en busca de la tierra que Él prometió darle.

10. Santo Tomás de Villanueva, obispo (†1555 Valencia - España).

San Juan, presbítero (†1379). Prior del monasterio de los Canónigos Regulares de San Agustín, de Bridlington, Inglaterra, al cual dio gran florecimiento.

11. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa María Soledad Torres Acosta, virgen (†1887 Madrid).

12. Nuestra Señora del Pilar.

San Félix IV, Papa

(†530). Convirtió dos templos del Foro romano en la basílica dedicada a los Santos Cosme y Damián.

13. San Teófilo, obispo (†s. II). Fue el sexto en ocupar la sede episcopal de Antioquía, fundada por San Pedro.

14. San Calixto I, Papa y mártir (c. 222 Roma).

Beatos Stanislaw Mysakowski y **Francisco Roslaniec**, presbíteros y mártires (†1942). Sacerdotes polacos ejecutados en Dachau, Alemania.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia (†1582 Alba de Tormes - España).

Santa Magdalena de Nagasaki, virgen y mártir (†1634). Hija de mártires, se consagró a Dios como terciaria agustina. Fue col-

gada cabeza abajo en un pozo y resistió el suplicio durante trece días, invocando los nombres de Jesús y María.

- 16. Santa Eduvigis**, religiosa (†1243 Trebnitz - Polonia).

Santa Margarita María Alacoque, virgen (†1690 Paray-le-Monial - Francia).

San Longinos. Soldado romano que con su lanza abrió el costado de Cristo crucificado. Según la tradición, la linfa que fluyó de ahí le curó una enfermedad ocular y lo convirtió.

- 17. San Ignacio de Antioquía**, obispo y mártir (†107 Roma).

Beato Jacobo Burin, presbítero y mártir (†1794). Ejerció clandestinamente su ministerio pastoral durante la Revolución francesa. Fue fusilado cuando celebraba Misa en Laval.

- 18. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario.**

San Lucas, evangelista.

San Amable, presbítero (†s. V). Sacerdote de Riom, Francia, elogiado por San Gregorio de Tours por sus insignes virtudes y su don de milagros.

- 19. San Pedro de Alcántara**, presbítero (†1562 Arenas - España).

Santos Juan de Brébeuf e Isaac Jogues, presbíteros, y **compañeros**, mártires (†1642-1649 Ossernenon - Canadá).

San Pablo de la Cruz, presbítero (†1775 Roma).

- 20. San Vital**, obispo (†c. 730). Originario de Irlanda, fue discípulo de San Ruperto y convirtió a la fe a la población de Pinzgau, Austria.

- 21. San Malco**, monje (†s. IV). Monje de un convento de Maronia,



Santa Eduvigis
Antigua estampa francesa

cerca de Antioquía, en la actual Turquía, cuya vida fue narrada por San Jerónimo.

22. San Felipe, obispo y mártir (†303). Encarcelado, flagelado y quemado junto con el diácono Hermes en la actual Edirne, Turquía, por no obedecer la orden del prefecto de cerrar la iglesia y entregarle los vasos y libros sagrados.

23. San Juan de Capistrano, presbítero (†1456 Ilok - Croacia).

San Teodoreto de Antioquía, presbítero y mártir (†c. 362). Asesinado por orden de Julián el Apóstata, por rehusar renegar de la fe.

24. San Antonio María Claret, obispo (†1870 Fontfroide - Francia).

Beato José Baldo, presbítero (†1915). Fundó la Congregación de las Pequeñas Hijas de San José.

- 25. XXX Domingo del Tiempo Ordinario.**

San Frutos, eremita (†c. 715). Distribuyó sus bienes entre los pobres y pasó a llevar vida eremítica junto a una escarpada montaña cerca de Segovia, España.

- 26. Beata Celina Chludzinska Borzecka**, religiosa (†1913). Fundó en Roma la Congregación de las Hermanas de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

- 27. San Oterano**, monje (†s. VI). Uno de los primeros discípulos de San Columba en la abadía de Iona, Escocia.

- 28. Santos Simón y Judas Tadeo**, apóstoles.

San Germán, abad (†s. XI). Fundó y dirigió el cenobio de Talloires, en Annecy, Francia.

- 29. San Abrahán**, anacoreta (†366). Nacido en el seno de una rica familia de la antigua ciudad de Edesa, Siria, se hizo eremita en una estrecha celda. El obispo lo ordenó sacerdote y lo envió a evangelizar la región, pero enseguida volvió a la vida de anacoreta.

- 30. Santa Eutropia**, mártir (†c. s. III). Sufrió crueles tormentos en Alejandría, Egipto, por no renegar de Cristo.

- 31. San Alonso Rodríguez**, religioso (†1617). Ejerció durante muchos años la función de portero en el colegio jesuita de Palma de Mallorca, España.

Aguas que proclaman el triunfo de María

El imponente paisaje marítimo incitaba a las escuadras cristianas a avanzar en la histórica mañana del 7 de octubre de 1571. Transcurridos más de cuatro siglos, ¿qué lección sacamos de la mayor batalla naval de todos los tiempos?

Hna. Carmela Werner Ferreira, EP



Serenas, impávidas y gloriosas, las aguas del golfo de Lepanto aún hoy en día cautivan la mirada y el espíritu de quienes recorren sus laderas, indagando qué historias encierra aquel lugar insólito. Pero tal encanto no se debe a las inspiraciones de Homero o al brillo del raciocinio de Aristóteles, que una vez resplandecieron en Grecia para luego conquistar el mundo.

En ese imponente paisaje marítimo marcado por los vientos del heroísmo, la mañana del 7 de octubre de 1571 despuntaba decisiva, incitando a las escuadras cristianas allí reunidas a la gran resolución de avanzar. Las oraciones del Sumo Pontífice, aliadas al brazo fuerte de «un hombre enviado por Dios, que

se llamaba Juan» (Jn 1, 6), conquistaron los Cielos, movieron la tierra y se adentraron en los mares asumiendo el carácter de lucha, hasta convertirse en un magnífico triunfo! En aquellas aguas muchos entregaron sus vidas con ufanía en defensa de algo más querido que los sueños de la juventud y más sagrado que la luz de sus propios ojos: la libertad de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Cierta intuición profética hizo que San Pío V aconsejara en repetidas ocasiones que prosiguieran sin temor, porque él mismo, en nombre de Dios, les aseguraba la victoria. Era el Papa un venerable anciano que en el atardecer de sus días vio cómo se desencadenaba una persecución sin

precedentes sobre la cristiandad y cuya fe, aquilatada en el fuego de la prueba (cf. 1 Pe 1, 7), nunca languideció ante el adversario.

Armado de valor, el austero sexagenario comenzó a llevar a efecto vigilias de oración, ayuno y penitencia suplicándole a María Santísima, Señora del Rosario y Auxilio de los cristianos, la salvación del rebaño amenazado. ¿Qué habrá sido entre la Virgen y él en esos largos coloquios? Es algo que hasta hoy permanece envuelto en las brumas del misterio. Sin embargo, en su condición de cabeza visible de la Esposa Mística de Cristo, ostentador del poder de las llaves y depositario de las promesas de inmortalidad de la Iglesia (cf. Mt 16, 18-19), el Sucesor de Pe-



En su condición de cabeza visible de la Esposa Mística de Cristo, San Pío V movió el Corazón Inmaculado de María y, con él, el rumbo de la Historia. Sus oraciones aliadas al brazo fuerte de Don Juan Austria se transformaron en un magnífico triunfo.

En el centro, María Auxiliadora - Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia); a la izquierda, San Pío V recibe el anuncio de la victoria Batalla de Lepanto - Museo Marítimo Nacional, Greenwich (Inglaterra)

dro movió el Corazón Inmaculado de María y, en consecuencia, el rumbo de la Historia.

Asistido por luces sobrenaturales San Pío V lanzó el bastón de una fulminante embestida, que solamente fue recogido por algunos reinos católicos más fervorosos. A ellos les manifestó las angustias de su alma de pastor, pero, ante todo, la certeza del éxito que místicamente ya le había sido asegurado.

Al mismo tiempo discernió un altísimo llamamiento en el hijo menor del emperador Carlos V, un joven de tan sólo 24 años, el cual daba muestras de haber sido tallado por Dios para proezas y audacias dignas de los grandes héroes. Sin dudarlo, lo puso al frente de los hombres de guerra

más experimentados con esta única consigna: ¡Avanzar!

Desde el principio una inefable promesa de gloria acompañó tal empresa, fruto de la mirada materna de la Santísima Virgen que se aparecería presencialmente a completar la obra iniciada por la fuerza varonil de sus combatientes hijos.

Transcurridos más de cuatro siglos de la mayor batalla naval de todos los tiempos, nuestra alma católica extrae de la gran lección de Lepanto la certeza de que las encrucijadas del futuro, aunque terribles, nunca podrán impedir la intervención celestial, cuyo carácter simbólico, milagroso y paradigmático, permanece indeleble en la hazaña encabezada por el generalísimo Juan de Austria.

Quizá esa gran porción de mar, de belleza épica, esté habitada aún en la actualidad por el ángel que guio a la Armada cristiana en «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos». ¹ Con su presencia bélica parece acariciar la orilla, mover las aguas e inspirar en el interior de quien las contempla esta certeza: «La victoria de hoy, así como la de ayer, les está reservada a aquellos que supieron elevar hasta el trono de Dios el clamor nacido de una fe intrépida en lo más hondo de sus corazones: ¡Auxilium Christianorum, ora pro nobis!». ♦

¹ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *Novelas ejemplares*, Prólogo.



Más excelsa que el Cielo

Dios te salve, verdaderamente llena de gracia, pues eres más santa que los ángeles y más eminente que los arcángeles. Dios te salve, llena de gracia, porque eres más admirable que los tronos, más dominadora que las dominaciones y de mayor virtud que las virtudes. Dios te salve, llena de gracia, que

eres superior a los principados y más sublime que las potestades. Dios te salve, llena de gracia, pues eres más hermosa que los querubines, y más augusta que los serafines. Dios te salve, llena de gracia, que eres más excelsa que el Cielo y más pura que el sol.

San Juan Damasceno